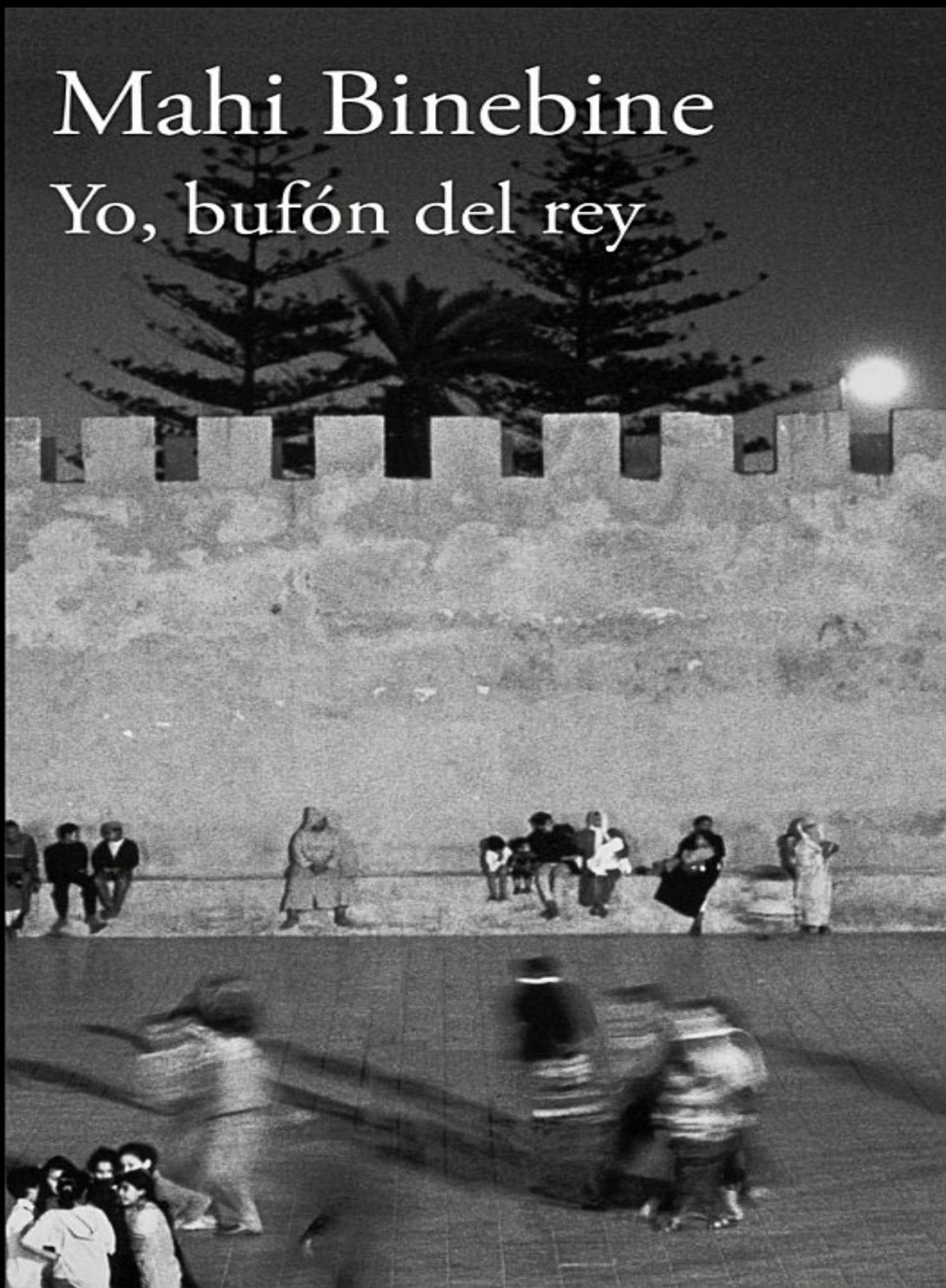


ALEAGUARA

Mahi Binebine

Yo, bufón del rey

Narrativa Internacional Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego



ALEAGUARA

Mahi Binebine

Yo, bufón del rey

Narrativa Internacional Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego



Mahi Binebine

Yo, bufón del rey

Traducción del francés de María Teresa Gallego Urrutia
y Amaya García Gallego

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A papá

¡Pobre albardán! ¡Cuántos dolores eternos e incurables en la alegría de un bufón!

¡Qué oficio tan lúgubre es la risa!

VICTOR HUGO

1

Todo parecía normal, pero nada lo era en realidad. Ornada de un reguero de pálidas estrellas, una noche sin luna arrojaba a dos siluetas en el anchuroso patio de palacio. Sidi caminaba despacio por los paseos constelados de faroles y flanqueados de naranjos, almendros y palmitos. Yo le iba pisando los talones, como solía, con la espalda algo inclinada, un tanto obsequioso, como corresponde cuando uno va acompañando al rey. Un aroma a jazmín y dama de noche perfumaba el aire húmedo de aquel atardecer de julio. Sidi se sujetaba con ambas manos el vientre dolorido y, de vez en cuando, gemía sordamente. Le costaba estar erguido pues el monstruo invisible que le roía las entrañas no le daba la mínima tregua. Me dolía verlo sufrir, pero tenía buen cuidado de que no se me notase. Me esforzaba en resultar gracioso, porque mi oficio consiste en hacer reír a mi dueño y señor. Sidi no tenía ánimos para nada. Me oía sin prestarme atención y una red de arrugas, que parecían haberse ahondado de pronto, le encogía el rostro.

Todo parecía normal, pero nada lo es cuando el león está de rodillas; cuando sus garras, reducidas a restos inútiles de leña, no hacen ya estremecerse a nadie; cuando la llama agonizante de la mirada inspira más compasión que temor, una mirada átona vuelta hacia la oscuridad interior de un cuerpo deshecho, quebrantado, en el que los rugidos de antes no son ya sino el tímido eco de una vida consumida por los dos extremos del cabo, grávida de excesos de todo tipo; añoranzas y arrepentimientos amargos, derrotas inconfesadas, clamorosas victorias a medias, alegrías extremadas, penas hondas, renunciadas, remordimientos; una vida tumultuosa en que ángeles y demonios recorren a un tiempo senderos tortuosos, erizados de espinas, con la vida que les prestan las terribles leyes de la Parca.

Todo parecía normal, pero yo notaba como un rebojo de pena en pleno pecho. Le pedía a Dios por la mañana y por la noche que librarse a mi señor de su dolencia y, si menester fuere, si no quedaba otro recurso, que me la hiciera

padecer a mí en vez de a él. Estaba dispuesto a soportar físicamente su dolor, los retortijones de los intestinos, las horcas que le perforaban los costados. ¿No he sido acaso treinta y cinco años su devoto sirviente, su decidor de imaginación inagotable, su teólogo titular por muy comendador de los creyentes que fuera él, su asesor literario, su referencia indiscutible en el universo fabuloso de la poesía, el testigo de aquellos tiempos en que los árabes guerreaban a golpe de cuartetos, en que los gramáticos pasaban meses discutiendo el acierto de una vocalización, de esta o de aquella declinación, o de un acento insignificante, aquellos tiempos en que las fórmulas matemáticas o astrológicas hacían las veces de religión..., aquellos benditos tiempos que parece que nunca hubieran existido?

Todo parecía normal, pero nada lo era para este servidor. Para mí, Mohamed ben Mohamed, la flor y nata de las heces y el moho de Marrakech, a quien nada predestinaba a codearse con los elegidos; para mí, rescatado de los sótanos terceros de la humana condición; ahí estaba yo, en aquel atardecer de julio, siguiendo a mi dueño y señor moribundo, rumiando la terrible sentencia del médico: «¡Dos o tres días más y todos nos quedaremos huérfanos!».

A Sidi le llamó la atención una luz inusual en la sala de los regalos: un almacén inmenso donde se amontonaban a miles los regalos, aún sin abrir, los regalos que recibía, celebración tras celebración, Su Augusta Majestad.

—¡Ven! —me dijo el rey—, vamos a echar un vistazo.

—Se está haciendo tarde, Sidi. Deberíamos volver, la noche está algo fresca.

—No antes de haber sorprendido al energúmeno que me roba en vida —refunfuñó sin desviarse de su camino.

—Deben de estar de limpieza, Sidi; solo eso.

—¿A estas horas?

Me callé. El rey parecía resuelto a poner las cosas en claro.

Cuando se anda de noche por palacio, esa sensación de estar a solas resulta engañosa. Decenas de pares de ojos lo escudriñan a uno, lo espían, van siguiendo el mínimo gesto. Yo lo sabía por haber vivido varias décadas entre estas murallas de azulejos aparatosos, en medio de estos jardines sembrados de fuentes que, en todos los cruces de los paseos, tarareaban el mismo estribillo. Por una parte, me parecía inverosímil que algún temerario osara cometer un robo en plena morada regia. Pero, por otra, nadie ignoraba que el rey se debilitaba y no era ya sino la sombra de sí mismo, por lo cual había

quienes pensaban que tenían las manos libres para atreverse a cometer las mayores locuras.

Llegamos a trancas y barrancas al ala norte de palacio, subimos unos cuantos peldaños, nos metimos por un corredor abovedado reservado al personal y vimos que la puerta de la cueva de Ali Babá estaba entornada. Sidi la empujó despacio, asomó la cabeza sigilosamente por la rendija y se quedó quieto un momento. Luego, entró sin hacer ruido. Yo fui siguiendo sus pasos. El espectáculo que descubrimos fue cuando menos edificante, inconcebible hacía aún pocas semanas; con los faldones de la chilaba recogidos como si fueran un hato, un esclavo viejo estaba apilando cuantas cajas valiosas y cuantos estuches de fieltro y objetos de todo tipo podía. Debía de ser duro de oído si no había notado nuestra presencia. Cuando Sidi carraspeó, el hombre se sobresaltó al darse la vuelta y, al encontrarse cara a cara con el rey, estuvo a punto de darle un vahído. De pie delante de nosotros, petrificado, trémulo, parecía que quería emitir algún sonido, pero no le salía ninguno de la boca. La tez de color ébano se le había vuelto de un morado cuyo brillo, acentuado por el sudor que le corría por la frente, enviaba reflejos de terror. Conociendo a Sidi, yo no habría dado ni un céntimo por el pellejo de aquel sinvergüenza que apretaba aún el botín contra el pecho. En el mejor de los casos, me dije, los temibles *esclavos del fuego* le iban a propinar cien latigazos. ¡Y menudos látigos usaban! De rabo de buey trenzado y remojado en agua helada, cuyos restallidos eran ya un castigo. En cuanto al peor, no me atrevía a imaginármelo. Dicho lo cual, el rey era imprevisible, nadie podía anticipar sus reacciones; podía sancionar con violencia cualquier nimiedad o ser capaz de perdonar las faltas más graves.

Prueba de ello fue lo que pudimos comprobar aquella misma noche.

—¡Vamos! —le dijo al ladrón—. ¡Date prisa y sal corriendo! Si por desgracia te sorprendiesen los guardias, acabarías en la horca.

El esclavo no sabía cómo salir del paso, pues ignoraba si debía creer o no al rey. Como se había quedado allí plantado, me acerqué a él, le cogí del hato lo que me pareció el estuche de un valioso reloj y me lo metí en la capucha de la chilaba.

—¡Por lo menos ten la decencia de repartir, ceporro! ¡Y vete antes de que Sidi mude de opinión!

Al fijarme en que al dueño y señor se le dibujaba en el rostro cansado el esbozo de una sonrisa, añadí en el acto:

—Y ya puedes estar contento. ¡Con la buena disposición que tiene Sidi esta noche, mi humilde opinión es que deberías aprovechar para pedirle algo más!

El esclavo, incrédulo, me miró de arriba abajo mientras el rey sonreía.

—Una licencia de transportes, por ejemplo, algo agradable que te asegure la vejez.

—¿Qué tipo de agrado? —bromeó el rey.

Me acerqué al esclavo y le dije por lo bajo:

—¡Una licencia de transporte ferroviario!

—¡Ferroviario, mi señor! —balbució el desventurado sin pararse a pensar.

Y el rey soltó una carcajada sincera que le despertó el dolor, pero no por eso dejó de reírse. Una risa que era como una bandada de mariposas que alzasen el vuelo. Y yo me reía también, remachando:

—¡A lo mejor le aprovechaba más a nuestro hombre una licencia de transporte aéreo!

»¡Venga, lárgate! —le dije al esclavo—. ¡Te has ganado el tesoro ese!

Y lo vimos irse, dando tumbos, perseguido por un hilillo de orina.

Sidi se quedó un rato en aquella amplia sala que se desmoronaba bajo una montaña de regalos que nunca había tenido ni tiempo ni ganas de abrir. Aquella opulencia inútil no le proporcionaba ninguna satisfacción. En el sitio al que pronto iba a ir ya no necesitaría gran cosa. Él y yo lo sabíamos. En cambio, dejar que se fuera el esclavo lo había alegrado mucho.

—Ven —me dijo con voz apaciguada—. Volvamos.

2

Hacía ya semanas que todo el mundo disimulaba en la morada regia. Una atmósfera agobiante había ido sustituyendo poco a poco al barullo habitual. Un silencio singular reinaba en los patios, por los corredores, en los salones y las cocinas, por todas partes. Ecos tímidos y palabras sigilosas surgían de acá y de allá. Los guardias, el ruido de cuyas botas nos tranquilizaba, andaban ahora de puntillas. Los esclavos, que a la mínima oportunidad salmodiaban: «¡Larga vida a Su Majestad!», habían puesto la voz en sordina. El ir y venir de los militares de alto rango, los ministros, el príncipe heredero y demás miembros de la familia me daba muy mala espina. Ellos también disimulaban. Lo mismo que el almuédano de la mezquita interior, cuyo timbre de voz melancólico desaparecía casi bajo el tono elevado de los almuédanos de la ciudad. En la mesa hacíamos como que comíamos, como que hablábamos con normalidad, como que comentábamos la actualidad, algo más violenta cada día, como que nos reíamos por cualquier cosa. Sofía, la nieta favorita de Sidi, era mucho más eficiente que yo para sacarle una sonrisa. Me hacía sombra y me pisaba el terreno con descaro. Me avergüenza decirlo que, con setenta años ya, a veces sentía celos de aquella rubita jovial y despreocupada cuyos caprichos deleitaban a mi dueño y señor. Lo sorprendía mirando aquellos pómulos rubicundos, aquella larga melena de oro, aquellos ojos color avellana que embozaban los visajes de cría mimada. «Mi niña opalina», decía con el rostro iluminado como se le puede iluminar a un beduino del desierto, de cutis atezado y rasgos negroides, ante una joya llegada del Norte. Miraba como si fuera un milagro a aquel ser delicado con apariencia de rumí y piel lechosa que, a la edad de ocho años, hablaba ya las lenguas raras de sus numerosas ayas, una jerigonza de la que no entendía yo ni palabra. Peleábamos con armas desiguales. Yo tenía que desplegar tesoros de imaginación para igualar y neutralizar su poder de proporcionarle alegría a mi señor, que disfrutaba maliciosamente con nuestra rivalidad secreta. Fuere como fuere, no soy

hombre que se rinda. He vivido lo suficiente en los arcanos del harén para dominar sus códigos, los mil y un subterfugios que permiten perdurar. La competencia fue desde siempre mi pan de cada día. No pensaba dejar que me desplazase una mocosa.

No, no me gustaba Sofia. Pero, en palacio y fuera de él, la sangre real pertenecía al ámbito de lo sagrado. Así que sonreía como los demás, dando una cota enfática a las cualidades excepcionales de aquel ángel con el que el cielo había recompensado a Su Augusta Majestad: su hermosura, su picardía, su sorprendente sentido del humor, esa inteligencia que Dios, en su misericordia, concede a sus elegidos. Un hipócrita, me diréis; sí, pero a imagen y semejanza del enjambre de moscas que gravitaba en torno a las estrellas de aquella noble morada.

Las veladas, en cambio, eran mías. Cuando la brujilla se iba a la cama, yo volvía a ser el centro del mundo. Tenía entonces a mi dueño y señor para mí solo. Me miraba, me admiraba, me escuchaba de buen grado, esperaba de mí la frase ingeniosa, la salida sutil, el vínculo erudito de esta o aquella situación con otra que hubiera ocurrido en el patio de un califa en tiempos de los Omeya y que yo amenizaba con anécdotas picantes, vuelcos imprevistos, intriga. Le dejaba rienda suelta a mi fantasía, desquitándome lo mejor que podía de los momentos que me había robado durante el día aquella pécora. Libre ya la mente de sus interferencias odiosas, me metía en el cómodo atuendo de mi cometido oficial, zambulléndome en el imperio de la fábula, por cuya verosimilitud velaba con esmero. Celebraba entonces las nupcias de la realidad y la ficción y navegaba sin compás por el universo quimérico del sueño despierto. Sí, volvía a ser un mago. Un ser único cuyos servicios solo el rey podía permitirse. Me sacaba del sombrero vidas enterradas hasta entonces en el olvido, anécdotas que tenía estancadas en la cabeza y en las nubes que flotaban por encima. Cuentos fabulosos vestidos con palabras tiernas, imágenes insólitas que solo estaban a la espera de la ensoñación de un poeta para que las hiciera mágicas, de una mano trémula para que las cortase y compusiera un ramo que yo le ofrecía humildemente a mi dueño y señor.

Ya veis, la meta suprema de mi peculiar existencia no es sino hacer feliz al rey. Nada más vivo para eso. Y nada me proporciona tanta satisfacción como que a Sidi se le ilumine el rostro.

¡Curioso destino el mío! Yo, Mohamed ben Mohamed, un hijo del pueblo sin un talento creativo especial, salvo el de que se me quede en la cabeza todo

cuanto oigo. El cielo me ha dado una memoria de elefante que no abunda entre los bípedos, que absorbe el mínimo aliento que pase rozándome los oídos. Todo. Absolutamente todo. Podría describir por lo menudo y con una precisión diabólica una conversación anodina que haya podido tener hace cincuenta años con un conocido cualquiera. En cuanto a los libros que he leído —y he leído muchos—, estoy en condiciones de recitarlos, coma arriba coma abajo, incluyendo el prólogo. Lo creáis o no, Dios me ha concedido esta sorprendente facultad que algunos podrían llamar don. Lo cual no es cierto sino en parte, porque se me queda lo mejor y lo peor. No os aburriré con el trabajo colosal que he tenido que realizar conmigo mismo para quitarme de encima la carga del resentimiento y de los odios que de él se derivan, de los ásperos e infernales rencores propios de los individuos que no saben olvidar. Porque en el perdón hay una parte de olvido. Qué remedio. De lo contrario, resulta difícil perdonar, por no decir imposible. Cuando asoman los detalles de una herida y la precisión de los recuerdos sopla en ellos como si fueran brasas, fagocitan toda la parte de humanidad que es capaz de perdón. Es difícil cerrar los ojos y pasar página. Pero esa es otra historia. Hoy solo me apetece contaros las ventajas de esta memoria, a las que debo mi fulgurante ascenso hasta las elevadas esferas del poder, esta bendición que me convirtió en el hombre que soy: el cortesano principal del personaje más poderoso del reino. Y lo digo sin pretensiones de ningún tipo: mi dueño y señor me valora más que a la horda de músicos, narradores y demás aduladores de que se compone la corte. Soy el eje en torno al que se articulan las conversaciones, el erudito que imanta con su sabiduría a las mentes más sutiles. Sí, se lo debo todo a esta memoria a la que supe, instintivamente, sacar provecho desde la más tierna edad. Estudiar me el Corán o los hadices que refieren los compañeros del Profeta fue para mí un juego de niños. Aprenderme mil versos para dominar la gramática árabe fue un paseo que muchos de mis compañeros de la madrasa Ben Yusef me envidiaban. En cuanto a la poesía, no hay ni un escritor cuya obra no me sepa al dedillo. Es así y no puedo remediarlo. Si a veces quería descargar la cabeza de las insignificancias que la empantanaban, era un esfuerzo baldío. No conseguía nada. Los múltiples cajones que la componían se cerraban en el acto, negándose a dar de lado la mínima parcela. Así que, a mi pesar, me quedaba con lo útil y con lo inútil, con lo importante y con lo baladí: un cúmulo de informaciones que atascaría la mente de cualquiera, pero con el que mi cabeza, que, sin embargo abulta poco, se las apañaba

perfectamente. Me bastaba con tirar de un hilo para desenrollar el ovillo entero sin el mínimo inconveniente. El pasado se desplegaba ante mí, tomaba posesión del espacio, zarandeaba al presente con el peso y el orgullo de un abuelo ante su descendencia. Así son las cosas; he querido dejarlo claro para explicar cómo un hombre de mi condición pudo integrarse en ese mundo despiadado que es la corte de un rey y convertirse en su ojito derecho.

Esta sorprendente historia es la mía. No puede decirse que la haya elegido, pero tampoco me opuse, me limité a dejar que ocurrieran los hechos, como suelen hacer los hombres.

Todo empezó con una amistad improbable. Ben Brahim no era la clase de amigo que habría elegido yo espontáneamente. Para empezar, me llevaba diez años largos. Luego, su pronunciada inclinación por el alcohol y los efebos no tenía nada que ver con la educación puritana que me habían dado. Mi orientación sexual era clásica a más no poder y la idea de no controlar mis actos me repugnaba en sí sobremanera; así que tratarme con un individuo semejante era, como quien dice, algo contra natura. Tanto más cuanto que aquella relación podía prestarse a confusiones. Dado que la maledicencia es entre nosotros un deporte nacional, andar por ahí con Ben Brahim franqueaba el camino a todas las conjeturas. Pero, por otra parte, aquel hombre —y mido muy bien lo que estoy diciendo— era innegablemente el mayor poeta que haya tenido nuestro país.

¿Cómo referir el nacimiento de esta amistad sin mencionar a mi padre, Mohamed, de oficio barbero? Pero no solo barbero. Era también músico, narrador y de un trato agradabilísimo. Que es como decir que los hombres de su temple y su talento no menudeaban. Mi padre ingresó, pues, de la forma más natural en la corte del bajá El Glaoui, un prócer que, en la época del protectorado francés, reinaba en toda la zona sur del país. Algo así como un reyezuelo en el que se habían apoyado los ocupantes para *pacificar* y *civilizar* buena parte de ese bienaventurado imperio que era el nuestro. Volviendo a nuestro poeta Ben Brahim, alcohólico y homosexual sin recursos, ingresar en esa corte era cuestión ante todo de supervivencia, material, de entrada, pero también redentora: precisaba, por sus incontables descarríos, una protección que lo pusiera a cubierto. En cuanto anochece, se iba a merodear por los bares de soldados, se agarraba unas borracheras terribles y acechaba a chicos sensibles^[1] que se aviniesen a pasar con él la noche. Un cazador nocturno que paseaba por territorio del islam en un estado cercano al coma etílico y al que

atraían los bajos fondos de la ciudad y los tesoros que ocultaba. A cambio, declamaba día y noche poemas a mayor gloria de su paraguas protector: Su Excelencia el bajá. Nuestro encuentro ocurrió en las cocinas de la mansión donde oficiaba mi padre y solía yo comer, una magnanimidad del gran señor con la progenie de sus criados. Así que a veces me cruzaba con aquel hombre cuya elocuencia, prestancia y grandeza de alma impresionaban al joven estudiante que era yo por entonces. A decir verdad, Ben Brahim empezó por echarle el ojo al trasero respingón con que me había dotado la naturaleza, aunque no tardó en entender que yo no iba a entrar en ese juego. No por ello renunció y me siguió haciendo insinuaciones que, según se fue robusteciendo nuestra amistad, se convirtieron en motivo de broma. Se interesó luego por mi intelecto, por mis capacidades extraordinarias para recitar de un tirón, y sin el menor titubeo, poemas infinitos. En esos casos, seguíamos con nuestras conversaciones por las calles de la ciudad, en los parques y, luego, en los bares que frecuentaba al caer la noche. Me gustaba callejear en su compañía; me dejaba arrastrar por sus arrebatos líricos, cuyo néctar paladeaba como una poción divina, por sus escapadas al mundo de los vivos que yo seguía hasta donde me lo permitía mi fantasía y con cuya mínima entonación me quedaba. Ben Brahim bebía vino y yo, té con hierbabuena sin azúcar. Mucho vino y mucho té amenizado con una miríada de palabras coloridas y elocuentes. Y cuanto más bebía, más poemas declamaba, procedentes de otro siglo, de otra galaxia. Cuartetos cuya fuerza y sutileza, cuyos libertinaje y sollozos contenidos, cuyo escarnio y cuyas afortunadas contradicciones solo yo alcanzaba a valorar entre el barullo. Momentos benditos que me ponía en bandeja, pues, por muy borracho que estuviera, sabía que yo entendía su sentido, que paladeaba las metáforas reforzadas por una música compuesta por ángeles, unas imágenes que se insubordinaban para evadirse de las rígidas paredes de las palabras que las contenían. Y que empezaban a revolotear por el cielo de mi mente que se hallaba en comunión con la suya. Ben Brahim renunciaba entonces a componerle panegíricos a su paraguas protector y a las bolsas bien repletas que le proporcionaban. Volvía a ser él, cantaba el amor prohibido en todas sus facetas, glorificaba el vino y la libertad que este nos proporcionaba. Y digo bien «nos», porque yo compartía su embriaguez.

Entre aquel hombre y yo se había creado algo así como una relación mercantil. ¿Cómo decirlo sin que me toméis por un estafador? Se me quedaban en la memoria absolutamente todos los poemas que declamaba durante las

borracheras y, cuando él ya estaba sobrio, al día siguiente, en las cocinas del bajá, se los vendía muy caros. Ben Brahim pagaba sin rechistar. A veces yo le daba largas cuando me fijaba en que llevaba en la muñeca un reloj resplandeciente, regalo de Su Excelencia. Entonces enganchaba el anzuelo en la punta de un cuarteto. Un cuarteto suyo que yo me sabía de memoria y que a él se le había olvidado. Lo que yo había memorizado era oro puro y a él se le hacía la boca agua.

—¿Qué recité ayer? —me preguntaba con los ojillos relucientes e inquietos.

—¡Un poema fabuloso! Un milagro literario...

—¡Recítalo!

—Me falla la memoria por la mañana temprano.

—¿Cuánto?

Lo miraba fijamente y calibraba su grado de curiosidad antes de determinar un precio.

—Cinco dírhams.

—No los tengo —protestaba—. Me lo bebí todo ayer, como pudiste comprobar.

—Me gusta ese reloj que llevas —sonreía yo.

—Es un regalo del bajá —refunfuñaba.

Para que picase bien, le recitaba fragmentos del milagro:

Te aborrezco, poesía, / da media vuelta, no quiero verte. / Búscate a esos que sí te quieren, haz de su vida una desdicha / de miserable sabiduría.

Ben Brahim se quitaba el reloj y me pagaba en el acto.

Hoy puedo decirlo, por más que me avergüence un poco: aquel hombre me hizo rico en todos los sentidos de la palabra. Viéndolo vivir a él, aprendí a vivir yo, a reír y a cantar. Su malicia se convirtió en la mía. Aprendí a desconcertar a quienes se me oponían sorprendiéndolos por la espalda y riéndome de sus argumentos cojos. A veces me daba por escandalizar sin escrúpulos haciendo gala de una sonrisa tan altanera como la suya. Como aquel día en que, de codos en el mostrador de un bar, cuando tenía un vaso de vino en una mano y en la otra un rosario, se dirigió a él un individuo de barba poblada que, deteniéndose en el umbral del establecimiento, le hizo un claro reproche:

—Dígame, maestro, ¿cómo es que un hombre de tanta estatura y cuya cultura islámica conocen todos puede beber vino? ¡En el día del juicio final, ese rosario cuyas cuentas está pasando dará testimonio ante Dios de que ha bebido

vino!

El poeta alzó en el aire el rosario sin dejar de mirar al importuno y sumergió despacio las cuentas en el vaso. Lo miramos desconcertados.

—¡Él dará testimonio de que he bebido vino y yo daré testimonio de que él nadó en vino!

Aquí, muchas personas os contarán sabrosas anécdotas sobre este hombre, a un tiempo maldito y apreciado en una sociedad basada en la prohibición.

Así era Ben Brahim, aquel ser excepcional que, sin saberlo, tanto influyó en el derrotero de mi existencia.

A los colonos, como en todos los demás sitios, se los expulsó por fin del país y el bajá felón que había contribuido unos cuantos años antes a la destitución de un rey murió por ello. Su imperio, que se tenía por eterno, cayó con él. El buen pueblo humilde quemó cuanto podía quemar, mató y violó. El poeta, cuya estrella había palidecido mucho, expiró a su vez en la indignancia y el oprobio. Pero su poesía quedó a buen recaudo en muchas memorias o en cuartillas casuales diseminadas acá y allá.

Años después tuve el insigne honor de hacer las veces de guía para «el astro de Oriente», la divina Um Kalzum, que estaba visitando Marrakech. Durante su estancia, no cesé de recitarle los poemas de Ben Brahim, «el poeta de la Ciudad Roja», que era la suya y la mía. A la cantante la impresionó aquella poesía singular y única, la de un hombre fuera de lo común que había cruzado por el presente siglo igual que habría podido pasar sobrevolando otros. Uno de esos astros que el cielo nos escatima.

Pocos días después, en un encuentro con el rey para quien daba un recital privado, la diva recordó al ilustre poeta cuya obra padecía cruelmente la carencia de una recopilación. Lo hizo partícipe de su admiración por aquel artista, digno de Omar Jayam, cuya genialidad le habría gustado cantar y celebrar. Pillado en falta y algo molesto, el rey prometió enmendar lo antes posible aquella laguna imperdonable. Cuando se hubo marchado la cantante, convocó en el acto a todos cuantos habían tenido contacto más o menos próximo con la obra de Ben Brahim, les dio acceso a la biblioteca confiscada tiempo atrás al bajá y orden de reunir lo antes posible la obra desperdigada del poeta. Cosa que se llevó a cabo durante los siguientes meses. Por supuesto que yo formaba parte del lote.

La noche en que le presentamos al rey la recopilación, tan completa como había sido posible, dio en nuestro honor una cena suntuosa. Su Majestad

estaba a un tiempo contento y contrariado, pues el poeta había escrito muchos ditirambos a mayor gloria de El Glaoui, enemigo jurado de la monarquía. Durante la cena, el rey se dirigió a mí con las siguientes palabras:

—Recítame una sátira que haya compuesto Ben Brahim contra el colaboracionista ese que fue vuestro bajá.

Se hizo un silencio en la estancia.

—Majestad —respondí—, no recuerdo ningún poema así. No existe. E incluso aunque hubiera existido, yo no me lo habría aprendido.

—Y ¿eso por qué? —se indignó el monarca.

—Porque comí en casa de ese hombre. Porque crecí a la sombra de su protección. Está muerto, cierto es, pero que no cuente Su Majestad conmigo para tirar piedras contra su memoria.

Otro silencio, aún más pesado, se adueñó de los allí presentes. Conociendo al rey, los cortesanos no daban ni un céntimo por mi pellejo. Me miraban como a un cadáver diferido. Se alzaron los primeros murmullos de protesta, que el rey cortó en seco en contra de todas las expectativas. Se volvió hacia la horda de cobistas que lo rodeaba:

—He aquí a un hombre leal, como no lo será nunca ninguno de vosotros, señores míos.

Se hundieron las cabezas entre los hombros y una súbita simpatía apareció en los rasgos maleables de mis futuros colegas. Aquella lealtad me valió treinta y cinco años de *palacio*. Acompañé al rey día y noche tanto por las ciudades del reino cuanto por el extranjero; y así ha sido hasta este triste período actual en que Sidi está a punto de dejarnos.

3

Entrar en el palacio real puede desequilibrar a cualquiera. Impera allí, por todos los amplios pasillos y las mil puertas en ringlera, un ambiente marcial que se encarna en guardias inexpresivos, aparejados con atuendos de gala y a quienes flanquea una colonia de esclavos con albornoz blanco y fez rojo, auténticos colosos seleccionados puntillosamente, lo mejor que puede brindar África, que miran de arriba abajo desde lo alto de su impresionante envergadura a esos enanos, es decir, nosotros. Voces roncadas, afinadas al milímetro, de una potencia que ponía la carne de gallina, estallaban al paso de la sangre regia. En lo que a mí se refiere, por haber crecido en los patios traseros de la residencia del bajá, los primeros pasos que di en la morada de Sidi no fueron un descubrimiento de relevancia. Curtido en la algarabía de las ceremonias señoriales, me sentía en terreno conocido. ¿En qué pensaba aquel primer día? No sabría decirlo. Integrarme oficialmente en la corte del rey era la realización de un sueño al que aspiraban muchos de mis congéneres, pero no formaba parte de mis ambiciones; a lo mejor, inconscientemente, quería parecerme a mi padre, como les sucede con frecuencia a los jóvenes de esa edad, pero nada me predisponía ni me conducía a una profesión así. Doblar el espinazo e hincar la rodilla era algo que me repugnaba. El lugar elevado en que me situaba mi cultura no permitía el ejercicio de la zalema ni de la simpatía forzada. Y sin embargo... Por mucho que queramos darle esquinazo a nuestro destino, resulta que nos da alcance y, arteramente, nos cuele la existencia entre las estrechas e implacables líneas del *mektub*, el «estaba escrito».

Y así fue como me convertí, perfeccionándola, en la prolongación de la obra de mi padre, el cortesano. Aquel hombre de aura excepcional que llevaba al niño que era yo entonces de la mano, los viernes, después de la oración, cuando, con chilaba blanca y babuchas acartonadas, recorriamos orgullosamente las calles de la medina. Las señales de sumisión que le

mostraban los comerciantes del zoco algo habían tenido que ver, seguramente, en el giro que dio mi destino. Me gustaba ver cómo se agolpaban a nuestro alrededor los desdichados que querían a toda costa exponerle sus agravios al bajá. Pobres diablos cuya vida y cuya muerte dependían de que papá tuviera a bien interceder por ellos ante Su Excelencia. ¿Acaso me atraía, sin saberlo yo, la raza de los amos y señores? Esa que lo proyecta a uno hasta las alturas del cielo, desde donde el común de los mortales le parece una hormiga insignificante. ¿Me corre por las venas esa sangre negra que mantiene en pie a los hombres poderosos? Esos seres que, de una forma u otra, acaban por pactar con el diablo; una raza vulgar a priori, no necesariamente mala, que termina por verse en la obligación de tomar decisiones espantosas fruto de lógicas que la superan. ¿Me iba a tocar ahora a mí convertirme en una marioneta a la que prestasen vida los combates mortíferos que riñen permanentemente los ángeles y los demonios? No tenía ni maldita idea. Me había internado en la casa principal igual que un insecto al que atrae la luz. Una mezcla de temor y alegría se enzarzaban en mí mientras daba los primeros pasos en el palacio de Sidi. Lejos de ser existenciales, mis preocupaciones no tenían que ver con la metafísica. Me hacía preguntas sencillas, pedestres, pragmáticas: ¿cómo cumplir con mi cometido sin tropezones y sin desafinar? ¿Iba a seducir al señor o, antes bien, lo decepcionaría? ¿Cómo hacerme un hueco entre los cortesanos viejos, los músicos seductores, el enano negro Budda, el único que podía permitirse hablarle a Sidi de forma grosera? ¿Cómo marcar mi territorio ante un grupo con códigos que habían fijado muchos años en la corte? Podía elegir entre ir metiéndome despacio, de puntillas, sin molestar a nadie o entrar a bombo y platillo, imponiendo desde el primer instante mi posición de literato, sobrevolando la mediocridad de los demás bufones. En momentos así, reconozco que se siente uno solo. Terriblemente solo. El menor paso en falso puede resultar fatal. Desagradar de entrada al dueño y señor desembocaría en una caída en desgracia inmediata y quizá irreversible. Cosa que, desde determinado punto de vista, no me habría afectado en exceso; pero pertenecía a una raza de hombres a quienes el fracaso se les hace intolerable. Por mucho que mi padre porfiara con que la derrota es a menudo más beneficiosa que el éxito, yo no conseguía aceptar semejante reflexión. Irse por propia voluntad es una cosa, que te despidan como a un pulgoso es otra, insoportable desde la perspectiva del orgulloso y brillante laureado de la madrasa Ben Yusef. Durante mi breve existencia, había tenido

que dejar atrás obstáculos infranqueables, matándome por elevarme hasta un mundo al que creía tener derecho. Con total legitimidad. Había ido subiendo peldaño a peldaño una escalera construida con mis propias manos, compuesta de narraciones inmortales, de poesías celestiales, de inteligencia intemporal. Contra viento y marea había conseguido convencer a mi padre de que me indultase de heredar la barbería. Una victoria así podría parecer trivial y sin brillo a los ojos de algunos; pero persuadir a mi progenitor, el curandero, de que la pluma podía ser un medio de vida, era milagroso. Papá me exigió sin embargo que, al salir de las clases de la madrasa, fuera a trabajar a la barbería hasta la hora de cerrar. Largas horas hurgando en melenas grasientas y piojosas, curando heridas, volviendo a encajar huesos, colocando bastoncillos de bambú alrededor de las fracturas entre un concierto de gritos de dolor, enseñando pájaros imaginarios a niños a quienes íbamos a cortarles el prepucio con unas tijeras, unos angelitos que berreaban y, a veces, se caían redondos...

Al entrar aquella noche en palacio, no iba solo. Mi amigo Ben Brahim me llevaba de la mano. Su presencia invisible me tranquilizaba mientras caminaba hacia mi nuevo destino. Los manes del poeta tomaron el control de mis emociones, apaciguaron mi incertidumbre y mis dudas, atenuándome los gallos de la voz y los temblores de las manos, animándome a sacar pecho ante una asamblea hostil. Estaba claro que representaba un peligro, un potencial obstáculo entre los cortesanos y el cariño que por ellos sentía el dueño y señor. Diez pares de ojos me pasaban revista, escudriñando el tejido de la chilaba, el fieltro del fez, la flexibilidad del cuero de las babuchas que me acababa de regalar mi padre. Fue Ben Brahim quien respondió al primer ataque. Las palabras que usé fueron las suyas cuando, recién sentado en el sofá de terciopelo azul del amplio salón, me dirigió la palabra el enano.

—¿Es cierto, Mohamed, que los marrakechís...?

—Disculpa, pequeño —repliqué—, deberías aprender a hablar como las personas mayores. Se dice «Fquih Mohamed» cuando se dirige uno a un hombre de mis conocimientos.

El rey sonrió y dijo:

—Bienvenido entre nosotros sea el Fquih Mohamed.

A partir de ese momento, fui «el Fquih Mohamed». O «el Fquih» a secas. Ya no era el individuo vulgar que oficiaba entre tantos otros en la residencia regia, sino un sabio al servicio del monarca. En treinta segundos me había

hecho con un estatus a medida del cometido que tenía intención de ejercer junto a Sidi. Bufón, desde luego, pero no un bufón cualquiera. No en cualesquiera condiciones. La corte entera admitió mi posición de intelectual por orden del rey.

Dicho lo cual, los de Marrakech les tienen pánico a los conflictos. Aborrecen los enfrentamientos, fueren cuales fueren. Son personas alegres, bromistas, procaces y juerguistas. Y yo no era una excepción. Atemperé en el acto mis palabras burlándome de la arrogancia de los sabios, mortalmente aburridos la mayoría de ellos, que disfrutaban oyéndose hablar para no decir nada y haciendo gala de unos saberes enciclopédicos soporíferos que no le interesan a nadie. Dar una de cal y otra de arena pasó a ser, pues, una práctica espontánea para ese aprendiz de cortesano en que me había convertido yo.

Antes de conquistar el corazón del rey, me puse, siguiendo los sensatos consejos de mi padre, a ganarme el de quienes lo rodeaban. Un reto que no estaba ganado de antemano ni mucho menos. Entre los numerosos cortesanos oficiales, que procedían todos de entornos diferentes, de regiones y de culturas opuestas, resultaba muy difícil armonizar con algunos sin herir a los demás. Tanto más cuanto que su forma de ser se metamorfoseaba de un momento para otro, lo mismo que camaleones cuyo color cambiase a tenor del estado de ánimo del monarca. Imposible, pues, determinar con exactitud qué estaban pensando por lo obnubilados que los tenía el irreprimible e insaciable deseo de agradar a Sidi. No me interpretéis mal. Todo cuanto reprocho a mis colegas se me puede aplicar a mí hoy en día. Por entonces, lo ignoraba.

Empecé, pues, por aproximarme al cortesano más accesible: el músico Saher. Un hombre probo y agradable, cuya vulnerabilidad era, paradójicamente, una protección; se trataba de una presa tan fácil que el menos peligroso de los animales feroces de la corte se lo habría zampado de un bocado. Y, sin embargo, nadie se metía con él porque no le hacía sombra a nadie. Antes bien, les bailaba el agua a los cortesanos como si se hubiera tratado de Su Majestad en persona, y el rey se podría haber sentido legítimamente molesto, pero no se lo tenía en cuenta. Tocaba el laúd a las mil maravillas y tenía una voz ronca y tierna; vivía en otro planeta, confinado en una burbuja perpetua de sueños, de poesía y de música. Sus artistas fetiches, poetas, compositores y cantantes de Oriente Medio, genios que habían vivido a mediados del siglo anterior, eran también los míos. Así que no tuve que recurrir a esfuerzos desorbitados para ganarme su amistad, que duró varias

décadas.

Mientras esperábamos a *pasar la revista nocturna*, solíamos reunirnos en un salón muy confortable, próximo a los aposentos privados del monarca. Una antecámara con las paredes cubiertas de colgaduras de terciopelo verde esmeralda realzadas con escritos sagrados bordados con hilo de oro y ornadas con arcos regulares, como si fueran puertas que dieran a un mundo misterioso reservado para los elegidos. Un lugar tan apacible como un río antes de la crecida, en el que, en verdad, se tramaban las peores villanías de que sean capaces los humanos: intrigas vergonzosas, cábalas solapadas, conspiraciones siniestras y otras mil perfidias que hacían y deshacían los destinos, abriendo las puertas del paraíso en vez de las del infierno y viceversa, nivelando por abajo las categorías y los títulos prestigiosos: los ministros y los esclavos de pronto son intercambiables, pues todo es una cuestión de proximidad a la luz regia.

Obedeciendo a la voz melodiosa pero firme de un cancerbero que anunciaba que se iba a *pasar lista*, nos poníamos de pie como un solo hombre, animados y alegres, y entrábamos en el acto en los aposentos de Sidi, llevando todos en el zurrón alguna anécdota sabrosa fraguada a solas y celosamente guardada para brindarle la primicia a Su Majestad. Todos competíamos por ser el primero en hacer sonreír a Sidi. Debo decir sin jactancia que, en ese juego, era innegable que yo estaba por encima de mis compañeros. Sin embargo, no preparaba nada de antemano, prefería improvisar ya *in situ*, basándome en los elementos que me proporcionase la situación. Mientras mis colegas se las veían y se las deseaban para adaptar sus relatos al contexto, yo había desenvainado ya una ráfaga de ocurrencias ingeniosas, divertidas y mordaces. Y, si el rey se reía, los bufones tenían que reírse también, carcajeándose a más y mejor y rabiando por dentro. Así era nuestra pugna cotidiana en el sanctasanctorum: el espacio íntimo de Su Augusta Majestad. Un santuario dispuesto a imagen y semejanza de una placita de la medina. Sentados con las piernas cruzadas sobre mullidas alfombras, formábamos grupos por afinidades, reproduciendo la vida cotidiana de la gente humilde con la que Sidi no podía codearse. Había quienes jugaban a los naipes con baraja española, entre un bullicio de increpaciones e insultos exageradamente procaces; otros rodeaban a Saher y sus divinas melopeas; los *voyeurs* atizaban las elucubraciones envenenadas del enano Budda; los ingenuos abrían ojos como platos con la enésima profecía del vidente Bilal o daban crédito a las

improbables recetas del herborista Musa... Una auténtica corte de los milagros en miniatura a cuyas actividades atendía Sidi de reojo, tendido en un sofá, con un libro en una mano y un rosario en la otra. Y, aun así, no se le pasaba nada. Sabía con exactitud quién había hecho trampa a los naipes (no resultaba difícil porque se trataba con frecuencia de este servidor), sonreía con la mala fe del enano sin increparlo nunca ni contradecirlo, cabeceaba cuando Saher se sacaba de las entrañas alguna rareza, extraviada por las olvidadas mazmorras de los repertorios antiguos...

En esto ocupábamos nuestro tiempo y el del señor hasta la oración del alba, esforzándonos cuanto nos era posible por hacerle olvidar las huellas de su larga jornada, entreteniéndolo con artificios tan estrambóticos cuanto improbables, convirtiendo las altas esferas de los asuntos serios y las decisiones transcendentales en un espacio apacible, vivible y grato.

A veces, *la revista nocturna* tarda o no llega; en esas ocasiones, la espera dura horas, o incluso toda la noche. El chambelán no nos da permiso para marcharnos hasta que tiene la certeza de que Sidi está profundamente dormido. Entretanto, nos quedamos encerrados en la antecámara regia, matando el tiempo cada cual a su aire. En lo referido a mí, o leía, echándome al colete cuanto se me ponía a tiro, o jugaba a los naipes, resistiéndome lo mejor que podía a la tentación del *majoun*, esos pasteles que circulaban por debajo de la mesa, hechos con miel, almendras, nueces y el mejor hachís de Ketama, una golosina que, a nada que se forzase un poquito la dosis, convertía la interminable espera en momentos privilegiados. Estaba yo al tanto de sus divinas y sorprendentes virtudes por haber usado y abusado de él, pero hace ya mucho que dejé de usarlo como refugio, en contra de lo que hacen algunos. Así vivían juntos los miembros del heteróclito entorno de Sidi, en el que habían nacido hondas amistades, pero también inquinas sordas y pertinaces. Si exceptuamos al doctor Murra, Saher era el único que contaba con la unanimidad del grupo. Nunca una palabra más alta que otra ni una mirada aviesa. Sonreía constantemente, incluso en los momentos de tristeza, que se le leían en la cara como en un libro abierto. Oculto tras el laúd y las gruesas gafas, se le veía de repente alzar el vuelo en alas de una música celestial; y ya nada podía sujetarlo. Le desaparecía de golpe la timidez y acompañaba con la cabeza las melodías como para engatusarlas, como para canalizar el flujo vibrante de las notas a las que tentaba la anarquía. Flotaba en nubes invisibles, bailaba con ángeles de luz que solo él veía, y se marchaba, gemebundo, en el

umbral de los sollozos, cuando acababa mal la historia de amor de la canción. Saher fue mi primer amigo de verdad en la corte del rey. Y siguió siéndolo hasta el día de su muerte, que llegó demasiado pronto, como les sucede con frecuencia a los mejores de entre nosotros. Teníamos en común el amor incondicional por la poesía y la música magna, y charlábamos hasta quedarnos sin resuello de las vidas tumultuosas de este o de aquel poeta que él acababa de recordar, de las condiciones en que había creado tal texto, de las ataduras de la época... Más adelante os contaré su historia. Es hermosa y desgarradora, como suelen serlo las historias de nuestra tierra.

Mi segunda conquista fue el doctor Murra. Como Sidi era hipocondríaco, aquel buen médico estaba condenado a moverse en un radio que no sobrepasase los cien metros alrededor del monarca. ¡Un castigo *ad vitam æternam* sin posibilidad de remisión de condena! Ya lloviese, ya hiciera viento, tanto de día como de noche, el doctor Murra tenía que estar cerca del señor. Víctima de su inmenso talento (y puedo dar fe de que con una simple ojeada, con una mirada que desnuda y atraviesa, ese mago detectaba el conjunto de los antecedentes médicos de cualquiera, los de su padre y los del resto del linaje), aquel hombre valiosísimo era, sin lugar a dudas, el más desventurado de todos nosotros. «Quien presume de trasero no se sienta en él», decía mi madre. El doctor Murra tenía el trasero perpetuamente pillado. Los cortesanos conseguimos, pese a todo, rascar unos cuantos días en temporada de fiestas, pero él no. Solo de pensar que podía estar en otra parte, le daba urticaria al monarca, que había acabado por requisarlo para toda la vida, junto con su familia, en las dependencias de palacio. Oriundo de un pueblecillo cercano a Marrakech, el matasanos y yo sentimos una solidaridad regional inmediata. Nuestro acento común, melodioso como suelen serlo los acentos del sur, nos había acercado mutuamente enseguida. Bajo, achaparrado, tripón, mucho más calvo que yo, con expresión austera, formaba parte de esas personas que parece que han nacido viejas. Resulta difícil imaginárselas de pequeñas, colgadas de los faldones de la chilaba de su madre. Intentaba, sin embargo, librarse de esa imagen que llevaba adherida, contándonos anécdotas supuestamente graciosas, pero no lo conseguía. Se embarcaba en explicaciones tan largas y tan razonadas que se nos olvidaba el principio de la anécdota. Nos hacían más gracia los líos en que se metía que el chiste en sí. El doctor Murra no se daba cuenta y se reía de buena gana con nosotros. Una persona estupenda que dedicaba la vida a perfeccionar, a mejorar, a aquilatar

todo cuanto emprendía. Figurar entre los mejores de su especialidad era su meta suprema, su razón de ser, su religión. La beca (algo que muy pocas veces se concedía a los nativos) que le dio el ocupante francés se la merecía con creces, ya que, en los albores de la independencia, se convirtió en el único profesor de medicina con que contaba el país. Una posición que lo condujo (iba a decir que lo condenó) lógicamente hasta la morada del rey. Procedente de una familia modesta, el doctor Murra luchó como gato panza arriba para hacerse un hueco en el mundo. Con las armas que tenía. Con todas sus armas, por modestas que fuesen. Puso sobre la mesa sus preciosas bazas vendiendo su alma al diablo, jugándose la dignidad para que se lo acabara tragando la nebulosa de un astro del que lo ignoraba todo, sucumbiendo, como todos nosotros, a la cegadora e irresistible luz del poder. Caprichos, fantasías, antojos y fantasmas se convirtieron en su pan de cada día. El doctor Murra velaba por el señor como nadie lo había hecho nunca antes. Estaba en posesión de las llaves para apaciguar sus angustias y domesticar a sus demonios. Atender al rey no puede decirse que sea un cometido fácil. El doctor Murra vivía con la espada de Damocles colgando encima de la cabeza. Tener entre las manos la salud del monarca es la peor maldición que se le pueda desear a un mortal. «Cuando Dios quiere castigar a una hormiga, le da alas», decía mi madre. El doctor Murra habría preferido sin duda mandar en un modesto hospital de la región de Marrakech a abrir unas alas de pavo real en la inmensidad de los jardines regios. Los cortesanos, en conjunto, sentían una vehemente simpatía por la fragilidad y la precariedad de su condición. ¿Cómo tener algo en contra de un hombre que se arriesgaba en todo momento a que lo llevaran al patíbulo? Y que, de propina, era una persona de lo más servicial que se ocupaba de la gente sin hacer diferencias y acudía a la cabecera de los más desheredados a la primera llamada. En reiteradas ocasiones lo vi ir volando a atender a un enfermo de Tuarga, esa aldea de libertos que sirven en palacio, situada en el ala norte de las murallas; una visita que Sidi no habría tolerado bajo ningún concepto...

Ya está, he empezado por describiros lo mejor del nido de víboras donde tuve que pasar una parte sustanciosa de mi existencia. De la misma forma que la proximidad del poder engendra monstruos, también puede ocurrir que dé a luz a seres superiores que, antaño, habrían sido considerados santos. Dejando aparte al músico Saher y al insustituible doctor Murra, el entorno de Sidi lo componía una pléyade de individuos sin dios y sin ley, unos individuos de una

integridad y una humanidad discutibles. Durante los largos años que pasé junto a Sidi, me dio tiempo a experimentar situaciones singulares, extravagantes y sorprendentes para un hombre culto convertido en gracioso de palacio. Sin embargo, por motivos de supervivencia, yo también me hice oportunista. Dejé de tener escrúpulos en sacarles partido a las torpezas de mis colegas para destacar. Y la oferta era considerable, pues rivalizaban en necesidad. Sus peripecias me daban alas. Libaba en ellas el zumo de mi prosa, la sustancia y el picante que se me pedía constantemente. Sidi hacía caso omiso sin pestañear de las inepticias de los demás, pero no me consentía ningún paso en falso. Mi estatus de «Fquih», que yo había reivindicado desde el primer día, era incompatible con la mediocridad. Todas y cada una de mis intervenciones debían valer su peso en oro por su sutileza e inteligencia. En ese sentido, mis compañeros fueron para mí una ayuda inestimable para nutrir y perfeccionar mi tarea. En su crasa ignorancia, me echaban cables salutíferos, palos para azotarlos, bobinas de hilo de gran valor con el que confeccionaba bordados fabulosos para mis relatos. A veces allanaba su cabeza de chorlito colándome por entre las grietas y dejaba que mi labia floreciese en libertad, convirtiendo la caricatura en un arte mayor. Exageraba los rasgos hasta lo ridículo, coqueteando con la perversidad sin entregarme nunca a ella. Y, sin embargo, muchas veces reprimí por los pelos palabras asesinas, palabras que hieren, palabras vengativas... Cuántas veces quise darle un buen escarmiento al enano feroz que gozaba de los favores del soberano..., ese residuo de masa negra cuya envidia mezquina, cuya malevolencia, cuya mala fe absoluta lo convertían en el elemento más odioso del grupo. Un mal bicho que escupe veneno por doquier. Un haz de espinos que tenía aterrada a toda la asamblea y al que se podía hacer rodar por el suelo con un soplido. A fuer de sincero, y me avergüenzo de ello, aunque sentía por él un aborrecimiento cordial, a veces también me hacía gracia, e incluso me parecía divertidísimo cuando, con aquellos colmillos de víbora, se encarnizaba haciendo pedazos a un individuo inerme y contrito, que reía forzosamente. Es difícil defenderse del escarnio cuando se tiene al público en contra. Y a ese energúmeno no le costaba nada aislar a la víctima, igual que una fiera que sale a cazar, para servirnos a la presa en bandeja. Sidi, sonriente, lo animaba a soltar sus insanias como si fueran propias. Dicho de otro modo: el rey gustaba de comer ajo con la bocaapestosa del enano. Y este, aunque se metía con los demás, a mí no se atrevía a atacarme de frente; siempre al bies, con medias palabras,

cobardemente. Sabía cuál era mi punto flaco y todas las ocasiones resultaban buenas para sacarlo a relucir: «¡Los perros no engendran gatos!», decía. O también: «¡La sangre traidora se hereda!». Y otras mil alusiones a mi retoño el amotinado, preso en un calabozo del sur. Responder a sus ataques me habría rebajado, pero no dejaba pasar nada. Antes bien, bruñía las armas con calma y lo hería en el momento en que menos se lo esperaba. Réplicas adecuadas y en proporción con sus provocaciones. Él también acusaba el golpe sin reaccionar. En cuestión de ofensas, íbamos a la par. Y así fue como surgió entre nosotros un armisticio, frágil, bien es cierto, pero que, como sucede con frecuencia en las guerras frías, duró mucho más de lo previsto.

Si hubiera que definir mi personalidad en una sola palabra, *sibarita* sería el calificativo adecuado. En cuestión de gustos, bien se trate de tejidos, de música, de poesía, de perfumes o de cocina, mi consigna era, incuestionablemente, el refinamiento. Yo aspiraba a la flor y nata de la naturaleza y de la creación humana. Aunque de condición modesta, nacido en una casa diminuta que se venía abajo entre los edificios de la medina, frecuentar desde la infancia el palacio del bajá, donde oficiaba mi padre, influyó mucho en mi temperamento. Entre esos dos mundos, yo tardé muy poco en elegir mi campo: el de los vencedores, en el que dejé que me inyectasen en las venas una considerable dosis de aristocracia. Nada más natural que, al llegar a la edad adulta, esa inclinación por la buena comida, la estética, el ademán estudiado y otras diligencias ingravidas se convirtiera en una segunda forma de ser.

Alumbrado con una cruda luz de neón, ruidoso y bullicioso, el comedor del personal era el edificio más inhóspito de palacio. Yo solo acudía allí por obligación y cuando no me quedaba más remedio porque el rey estaba ausente. Si no, prefería esperar a que Sidi hubiera acabado de comer para abalanzarme sobre los restos de sus copiosos almuerzos. A decir verdad, el rey apenas si tocaba los alimentos que el caíd Moha le llevaba en una mesa con ruedas cubierta de relucientes campanas de plata maciza que conservaban el calor de los platos cuyo aroma respiraba yo al pasar. Por la mañana, nos servían una tortilla poco hecha con cecina de camello, creps *mil agujeros* con miel de eucalipto y un surtido de sopas blancas y bollitos tiernos. En cuanto a los zumos, los renovaban con regularidad: jengibre, almendras, guayaba, mango y todas las frutas de temporada. Me nacían alas al pensar en las comilonas gratis que me esperaban en palacio. Nada más abrir los ojos, saltaba de la cama como un mozalbete, me libraba corriendo de las abluciones y los rezos y, hala, ya estaba, en forma, ante los aposentos de Sidi, listo para un día de risas y

júbilo. Éramos muchos los que ocupábamos desde muy temprano la antecámara regia, pero cada cual por un motivo específico. No todos tenían tanto apetito como yo. Ministros, generales y otros altos funcionarios del Estado se agolpaban allí, llevando abultadas carpetas de documentos *que el jefe tenía que firmar con urgencia*. Pero para ello precisaban imperativamente el aval del caíd Moha, el sirviente en cuyo cometido entraban las comidas de Sidi. Filiforme y de rostro anguloso, porte noble y ojos de perturbadora movilidad, aquel hijo de un esclavo gozaba de más poder que todos aquellos personajes juntos. Por llevar lustros al servicio del soberano, disfrutaba del privilegio de tantear de qué humor estaba antes que nadie. Una información que valía su peso en oro y que él podía dar a conocer o silenciar: dependía. Cuando salía de los aposentos de Sidi ante la mirada ansiosa de los cargos, el caíd Moha o bien sonreía asintiendo con la cabeza, lo cual quería decir que era posible dirigirse al rey sin jugarse el pellejo o, al menos, el empleo, o bien levantaba el índice, enarcado como la cola de un escorpión, en cuyo caso era muy conveniente para aquellos señores guardarse cuanto antes los papelotes y dejar para el día siguiente la urgencia de la visita. Conscientes de la propia vulnerabilidad y de las terribles bazas del sirviente, los cargos rivalizaban en amabilidades para con él y lo mimaban de forma ostensible, fingiendo a cuál más un trato de confianza en que él no picaba. ¡Todos estaban, por descontado, dispuestos a conceder generosos favores con tal de que el caíd Moha se dignase a mover un dedo, aunque fuera el meñique!

En el zoco, los vendedores dan a sus puestos el apodo de «tumbas de vida». ¡Y razones no les faltan! La sempiterna obligación de tener que quedarse enclaustrados en ellos desde el amanecer hasta el crepúsculo justifica esta ocurrencia melancólica. Podría decir otro tanto de la antecámara en que he pasado largos trechos de mi existencia; aquel lugar, tiempo atrás tan rebotante de alegría y de despreocupación, y que se ha vuelto tan triste, taciturno y desconsolador como si nunca hubiera obrado allí la magia, como si los fantasmas se hubieran tragado de golpe las palabras ingeniosas, las risas incontenibles, el canto de los ángeles y las réplicas legendarias.

Con el corazón oprimido, esperaba a que Sidi necesitase mi presencia y me mandase llamar. Rezaba para que llegara el momento en que iría volando hasta la cabecera de su cama; en que le contaría, muy animado, relatos inéditos y divertidos e incluso algo picantes, como le gustaban a él. Yo tenía montones en la mollera. En todos esos años en que se suponía que le hacíamos compañía al

rey y lo entreteníamos, no sabía yo que también podía ser cierto lo contrario. Echaba de menos la presencia física de Sidi. Su voz, su mirada, sus órdenes, su ironía, sus mímicas e incluso sus ataques de ira me dejaban por dentro un vacío devorador e imposible de llenar. No sabía qué hacer con el estorbo de mi persona, con mi sentido del humor inútil que se volvía humor negro y torpe; con mis sonrisas, que se convulsionaban en muecas como rictus petrificados e hipócritas. ¿Qué hacer sino esperar e ir pasando las cuentas del rosario con la esperanza de que se obrara un milagro? Y, sin embargo, el doctor Murra había sido claro: Sidi no estará ya en este mundo el viernes que viene para presidir la oración en la mezquita. Pero nadie quería creerlo. Y yo menos aún que los demás, porque nada presagiaba una decadencia tan virulenta. Pensábamos que el soberano exageraba sus aprensiones. Que estaba jugando a meternos miedo y que pronto volvería a estar en pie. ¿Cómo imaginar una caída semejante, tan violenta como irreversible? La semana anterior, sin ir más lejos, se había presentado en la antecámara sin avisar. Me había sorprendido echado en este mismo sofá en que estoy ahora. «¡Ni se te ocurra moverte!», me ordenó al ver que me sobresaltaba. Tocado con un bonete de ganchillo y vestido con una *gandura* de lino crudo, se sentó a mi lado y acomodó los pies en un puf. Parecía de humor guasón. Arqueando las cejas y con media sonrisa, me dijo: «A ver, recuérdame ese pasaje de *Las mil y una noches*..., ese en que Masud baja del árbol y posee en el mismísimo suelo a la sultana infiel». La tarabilla descompuesta se puso en marcha antes incluso de que hubiera acabado Sidi la frase. Encendí la memoria, saqué del todo los cajones donde estaban guardados los cuentos y, con la alegría de un niño que recupera un juguete que le habían confiscado, me lancé inmoderadamente a contar el relato fabuloso que me pedía, sin omitir detalle alguno acerca de los diez esclavos disfrazados de mujeres y los escarceos orgiásticos que vinieron a continuación junto a la fuente... Luego, poniéndome el atuendo de intelectual, pasé a un nivel superior, alabando la inteligencia sutil y maliciosa de Sherezade, que le planta cara a la muerte no tanto para salvar el pellejo cuanto para seguir en el uso de la palabra. No, no hacía mucho de aquellos tiempos en que Sidi quedaba pendiente de mis labios igual que Shahriar de los de su deliciosa y amena narradora.

Frente a mí, ahora, el caíd Moha estaba intentando meter el carrito en la habitación del rey. Este lo echó de allí sin miramientos, pero él no se rindió; volvió a la carga y otra vez tuvo que soportar que lo pusiera de vuelta y

media. Sidi se negaba a comer, le hacía ascos a nuestra compañía, quemaba incienso en contra de la recomendación, categórica, del médico, se quejaba y se enfadaba consigo mismo por quejarse, lloraba y rabiaba por no poder contener los sollozos. Yo lo oía y sufría. También el caíd sufría. Maldecía su impotencia, pero allí se quedaba, a pie firme, con los brazos colgando, tieso como un poste frente a los cancerberos que parecían mirar a través de él como si de pronto se hubiera vuelto transparente, como si no tuviera ya razón de existir ahora que Sidi había dejado de comer; se le habían acabado el poder y la arrogancia. Nuestros universos se estaban derrumbando sin que pudiéramos o supiéramos reaccionar. Me costaba comprender cómo los compañeros podían seguir jugando a los naipes y discutiendo, burlándose de la guadaña que andaba rondando, sin hacer caso del amo y señor que padecía un martirio en la habitación de al lado. El caíd no me dejó echarles una bronca, afirmando que acertaban al comportarse así; su actitud festiva a lo mejor sacaba a Sidi de su retiro. Acurrucado al pie del sofá, con muy mala cara y renunciando a su orgullo de salvador, el doctor Murra compartía esa opinión. Me hizo una seña para que volviera a sentarme y conservase la calma. Con los ojos medio cerrados, Saher acariciaba las cuerdas del laúd, arpegiando notas quejumbrosas que alzaban el vuelo como suspiros. Era seguramente su forma de llorar. Una expresión humana le aparecía milagrosamente en la cara repulsiva al engendro de Budda. No sabía yo sin embargo si la pena del enano procedía de la cercana desaparición de un gran hombre o de la de sus propios privilegios. En cuclillas junto a los escalones del antiguo almimbar y tocado con un turbante de raso rojo, el adivino Bilal echaba una y otra vez las cartas, que se empecinaban en dar el mismo mensaje. Mohínes sombríos le arrugaban el rostro en cuanto le salía la reina negra y a continuación el valet del revés. El herborista Musa no se quedaba a la zaga: se había pasado la noche confeccionando un amuleto *infalible contra el mal fario* que había que meterle a toda costa al rey debajo de la almohada. Lo apestaba todo con el incensario que balanceaba mientras recorría la habitación recitando oraciones ininteligibles. El humo del ajebe y del benjuí, que supuestamente espantaba el mal de ojo, me daba náuseas. Cuando le alargó al caíd Moha un cocimiento muy poco de fiar para que se lo tomase el enfermo, el doctor Murra dio de lado de pronto el porte contrito y, volviendo a ejercer de médico, se negó en redondo: «¡Los embaucadores no pintan nada en la corte de un rey! —renegó—. ¡Tire ahora mismo este veneno por la alcantarilla!». Estupefacta, la

asistencia se volvió a mirar al matasanos. Era la primera vez que lo veíamos fuera de sus casillas. Musa, a quien sin embargo acababan de llamar charlatán, fue el primero en soltar la carcajada desencadenando la hilaridad general. El propio caíd Moha, famoso por su estoicismo legendario, no pudo contener una sonrisa. Así fue como, paseando la mirada por aquel sitio singular, lleno de ancianos con quienes llevaba mucho codeándome y que, con todo, me eran ajenos, seres que parecían vivir cada uno en su propio planeta, tomé la decisión de reaccionar.

Tiempo atrás, sin querer jactarme de nada, yo era el único que conseguía desactivar los ataques de ira del rey. Todo el mundo aquí lo puede confirmar. Convertido en un maestro del arte de la improvisación, les daba la vuelta, desdramatizaba y ridiculizaba situaciones delicadísimas. Mi arsenal de guerra constaba de trampas, ardidés, ocurrencias, agudezas y salidas sorprendentes; otras tantas flechas que disparaba en el momento oportuno dando siempre en el blanco. Si exageraba la gravedad de una preocupación, era para socavar mejor la base con una salida mordaz. Le recordaba a quien quisiera oírlo que, salvo la muerte, nada es irreversible. Que andando el tiempo, cuando el sofocón se ha pasado, el motivo del enfado resulta con frecuencia patéticamente ridículo. Y así, con un juego de manos, cambiaba la dirección de la locomotora y convertía el humor de perros de Sidi en alegres charlas. Siempre y cuando de antemano estuviera al tanto de las causas y consecuencias del problema.

Pero también podía pasar que el soberano se nos deprimiera sin motivo aparente. Su acritud alimentaba entonces una amarga y detestable misantropía. ¡No había quien se le acercase porque mordía! Como aquella mañana de mayo en que, novicio aún en la casa principal, iba a ganarme los galones de la jerarquía cortesana. ¡Y de qué manera! La antecámara estaba repleta de peces gordos, civiles y militares, y también de hombres de negocios extranjeros a quienes se reconocía por las mejillas rosáceas y la obsequiosidad imperturbable. Llevábamos allí horas de plantón cuando vimos al caíd Moha salir de la habitación del rey con expresión sombría apuntando al techo con el índice enarcado, señal de que jugar a la ruleta rusa era menos arriesgado que dirigirle la palabra al rey. Y no iba en broma. Os hablo de una época en que Sidi estaba en la cúspide de su gloria y bastaba con su nombre para que la gente temblase en las cabañas. Se lo nombraba en voz baja vigilando las espaldas y temiendo los oídos indiscretos que pudieran denunciarlo a uno. Un miedo paranoico reinaba entonces en la ciudad. Y la foto oficial del monarca

no mejoraba las cosas: omnipresente en las paredes de los comercios, de las casas, de las administraciones, en las calles y en todas partes por los cuatro puntos cardinales del reino, contribuía a mantener aquel ambiente de pavor. En el subconsciente del pueblo, Su Majestad podía aparecer en cualquier momento y ordenar un castigo público. Y sus esbirros no se andaban con sutilezas. *Los conspiradores contra la seguridad del Estado* que desaparecían eran multitud. Sin embargo, y no era esa la única contradicción, pese al terror que causaba, Sidi seguía inspirando un amor auténtico a su pueblo. Fuera y dentro de palacio.

Aquel día, una de sus tías, Lala Yacut, había fallecido y había que informarle de ello lo antes posible para que tomase las disposiciones habituales. Sidi tenía unas relaciones muy particulares con la difunta, a quien consideraba como una segunda madre. Preguntaba regularmente por su salud, deteriorada por la edad, y aceptaba de mal grado su empeño de vivir en una ciudad del norte, lejos del barullo de la capital. Desde niño, cuando aún era un joven príncipe revoltoso pero ya rey de los metepatas, Lala Yacut lo protegía contra viento y marea. Los disparates del príncipe, que horrorizaban a su padre, muy aferrado a los principios, le valían con regularidad buenas palizas. Pero nunca en presencia de su tía que lo arrancaba de las terribles garras de los esclavos del fuego. Se arrojaba a los pies del rey y juraba por Alá que nadie le tocaría un pelo al príncipe sin azotarla a ella primero. El difunto rey acababa por ceder y el granuja salía del paso bien parado. Desde aquella época, Sidi le tenía muchísimo cariño a esa mujer.

Así que uno de nosotros tenía que hacer de ave de mal agüero y comunicarle la terrible noticia. Sin embargo, yo había tomado la firme decisión de no ser esa persona. Cuando las miradas me apuntaron, dije que no con la cabeza. Un no categórico.

—¿Por qué siempre me corresponden a mí los marrones? —protesté.

—Porque eres el mejor —dijo el herborista.

Ministros, generales y cortesanos aprobaron al unísono aquella respuesta. Pero con eso no cambiaba mi decisión irrevocable. Me eché hacia la cara el capuchón de la chilaba y saqué del bolsillo el rosario mascullando:

—Pedídselo al enano Budda, es el favorito de Sidi.

—Lo único que sabe hacer es ladrar —objetó Bilal.

—¡Nadie le pide que le dé la noticia *cantando*! ¡Basta con que la escupa!

—¡Todos pagaremos las consecuencias! —objetó el herborista.

—¡Pues pedídselo al médico! ¡Ya está acostumbrado a que le carguen el muerto!

La broma no le hizo gracia a nadie. Era un momento muy serio y teníamos que salir del paso a toda costa. Al ver que el ambiente se iba deteriorando, el músico Saher nos dio la sorpresa de sacrificarse y asumir la tarea:

—Me encargo yo de comunicar la noticia —dijo con tono sosegado—. Vamos a ver, la muerte es parte de la vida...

El caíd Moha hizo una leve mueca. Los demás cruzaron una mirada circunspecta mientras calibraban los riesgos de aquella eventualidad.

—¡De ninguna manera! —exclamé yo—. ¡Te va a comer vivo!

—En tu mano está salvarlo —eructó el enano.

—No temo nada —dijo Saher, poniéndose de pie.

Le tenía demasiado cariño a aquel hombre para abandonarlo entre las llamas sin reaccionar. Nadie más que yo, efectivamente, era capaz de solucionar el asunto sin daños. Poniendo al mal tiempo buena cara, me levanté y fui a pasitos hacia la hoguera. Los cancerberos se apartaron cuando pasé. Llamé discretamente a la puerta y un gruñido de fiera rabiosa subió hasta el cielo. Abrí y asomé la cabeza, no sin esfuerzo, por entre los pliegues de las cortinas de terciopelo granate.

—¡Fuera de mi vista! —exclamó el rey.

Tendido en la cama, apoyado en gran cantidad de almohadones y con una compresa en la frente, Sidi tenía la cara de los días malos.

—Si Su Majestad lo permite...

—¡No lo permito!

—Solo quería decirle a Su Majestad...

—¡Lárgate! —renegó el rey.

—¡Majestad, soy el mayor de los imbéciles que haya pisado nunca la tierra!

—¿Vas a desaparecer de mi vista o no, so borrico? No estoy de humor...

—¡Ay, mi señor, no sabe cuánta razón tiene!

—¡Guardias! —exclamó el rey.

Aparecieron los dos colosos.

—Pero ¡antes de ordenar que me den los cien latigazos que me merezco tantísimo, que Su Majestad me permita manifestar que si este borrico se hubiera casado ayer con su anciana tía, hoy sería millonario!

—¡Cómo! ¿Mi tía?

—Que Dios la tenga en su seno, señor. Lala Yacut nos ha dejado esta noche,

poco antes de la oración del alba.

El rey saltó de la cama, se vistió a toda prisa y tomó las riendas.

Así eran las situaciones que, en los tiempos de mi esplendor, solucionaba yo sin mucho bregar. Pero ahora las cosas son más complicadas. El paso del tiempo no mejora el carácter, lo altera. Lo que haya de bueno en nosotros, la vejez lo conservará en el mejor de los casos; lo menos bueno, lo empeorará inevitablemente. Y lo digo con conocimiento de causa por haber estudiado de cerca el carácter de mi antiguo dueño y señor.

Ahora tenía que reaccionar porque el estado de salud del rey iba de mal en peor. Quedarse con los brazos cruzados no era lo suyo. Por mucho que pensaba, no veía cómo relajar el ambiente. Sí que había una solución que yo intentaba ocultar porque me molestaba mucho: recurrir a los servicios de la princesa Sofia. Que yo pensara en tirar por ahí tenía que ver con la capitulación, pero no estaban las cosas para las picazonas del ego. La chiquilla era la única que podía sacarnos de ese callejón sin salida, eso lo sabíamos todos. Se lo comenté de mala gana al caíd Moha, que, cuando le agradaba una idea, revolvía mucho los ojos. Desapareció en el acto, se dirigió al paseo de los príncipes que se hallaba en el ala sur de palacio y volvió a presentarse una hora después llevando a su lado a la insolente princesa. Al pasar por la antecámara, esta se detuvo un momento para hablar en voz baja con el doctor Murra y luego, sin responder a nuestras reverencias, reanudó con indolencia su camino. Con su elegante vestido blanco de cenefas bordadas y las trenzas rubias enroscadas como una diadema por encima de la carita traviesa, echó, aunque apenas medía tres palmos, una desdeñosa mirada de superioridad a esa panda de aficionados incapaces de cumplir con la tarea por la que tan bien se nos pagaba. Por mucho que la maldijera, era desde luego un angelote caído del cielo, juguetón y radiante, que daba saltitos ante los aposentos de Sidi. Como tenían orden de dejarla entrar sin anunciarla, los cancheros le abrieron de par en par las hojas del portal. Soltó un piar de pájaro y luego otro más alto, al que hizo eco en el acto la voz alborozada de Sidi. Y la oí correr hacia la cama con dosel donde estaba acostado su abuelo para acurrucarse contra su pecho enfermo. Luego, la puerta se volvió a cerrar. Por austero que fuera de ordinario, el caíd Moha se me acercó, me abrazó y me estrechó con fuerza. Alabó la genialidad de mi idea, muy enfadado consigo mismo porque a él no se le hubiera ocurrido, y mucho antes. Por fin había vuelto Sidi a la vida y eso era lo esencial. Se animó de nuevo el ambiente en

el vestíbulo. Las mentes se espabilaron, los jugadores de naipes riñeron a más y mejor, el incensario del herborista volvió a entrar en acción y la música de Saher era otra vez alegre. Al ver al enano bailar desaforadamente, el doctor Murra recobró el buen humor y la postura habitual. Remató esa liberación cuando vimos al rey salir, con su nieta de la mano, y encaminarse hacia el jardín mientras los esclavos salmodiaban: «¡Larga vida a Su Majestad!». Me sentía tan dichoso que al unir mi voz atronadora a la suya bien creo que les hice sombra.

5

En el palacio real se entra como en una secta; la adhesión es total, entera e irreversible. Cuando ya eres un adepto, no es posible dar marcha atrás de ninguna manera. O solo de rodillas. O con los pies por delante. Es un pacto firmado con el diablo. Todo cuanto sea externo a la divina institución solo vale para tirarlo. No se tolera ninguna desviación de ese vínculo inquebrantable e incondicional. Formas parte del decorado igual que los muebles, los árboles del jardín o la colonia de esclavos que puebla ese lugar. Sin embargo, tuve y sigo teniendo una vida, aunque escasa, aunque renqueante, fuera de palacio.

No he visto cómo envejecía mi mujer ni cómo crecían mis hijos. Y, aun así, no soy un mal marido ni un padre indigno. Sino un ciudadano corriente obligado a llevar anteojeras en un universo que, a decir verdad, no escogí. Cuando te subes al tren dorado de los elegidos, ese del que no se sale sino para hacer pocas y breves escalas, ves desfilar las imágenes como simple y remoto espectador, sin hacer presa alguna en la realidad de un mundo que en adelante te va a ser ajeno. Pero, en contra de las apariencias, no abdiqué. Por mucho que dejé que me enganchara esa chispeante somnolencia inherente a los cortesanos, ese irresistible resbalar por la pendiente de un sendero flanqueado de estrellas, nunca renuncié a juzgar imparcialmente a mi propia persona. Aunque mi vida no ha tenido más sentido que el único y exclusivo deseo de agradar a mi dueño y señor, el amor que siento por los míos ha seguido intacto; un amor verdadero y tierno, pese a sus incontables heridas. Durante esos largos años de alegre reclusión, tuve buen cuidado de no romper el tenue hilo que me unía a mi tribu. No resultó sencillo. Peleé sin tregua, maniobré cuanto pude, hice equilibrios apostando por la calidad más que por una imposible cantidad. Y, sin embargo, nadie ignora que el tiempo de los artistas consiste en ser indiviso, les pertenece a todos un poco. El mío era propiedad exclusiva de Su Majestad. En sus días buenos, Sidi me arrojaba unas cuantas

migajas de ese tiempo que yo alcanzaba al vuelo, como un mendigo, las guardaba a buen recaudo en las manos febriles y, transmutándolas en pepitas, se las ofrecía humildemente a mi familia. En ese mundo de lentejuelas que había llegado a ser el mío, calibré el valor del tiempo, su escasez, su inmensa valía. La gente que vive en la medina no es consciente de los tesoros temporales que dilapida... Quedarse como un lagarto todo el día en la terraza de un café, admirando el ballet de los afanosos mirones, es algo que a duras penas pueden entender mis nuevos amigos. Y que, sin embargo, a mí no me extrañaba cuando andaba con Ben Brahim dando vueltas, de la mañana a la noche, por la Plaza Mayor; mientras yo me concentraba en sus milagrosos raptos poéticos, él soñaba despierto con cuartetos ante el encantador palmito o la rebuscada postura de algunas siluetas de efebos que le encendían fuego en las venas... y a veces a mí también.

Un día, en la antecámara y en presencia de Sidi, el músico Saher me hizo, entre dos canciones, el siguiente comentario:

—Según que sea uno rico o que no tenga un céntimo, las horas no transcurren de la misma forma.

Yo sentía un afecto particular por aquel hombre. No siempre estaba de acuerdo con sus comentarios.

—¡Vamos a ver, el tiempo transcurre al mismo ritmo para todo el mundo! Pertenece al terreno de la matemática pura.

—Sí y no —dijo Saher, sonriendo.

—En mi modesta opinión —añadí—, el transcurso del tiempo es de lo más democrático que hay en el universo..., de lo más equitativo. Los pobres y los ricos envejecen igual.

A Saher le gustaba mi compañía y no intentaba en modo alguno ni contradecirme ni molestarme. La intervención del herborista lo salvó:

—¡Alúmbranos con tus luces!

Saher, que nunca tenía el laúd muy lejos, lo cogió y tocó unas cuantas notas ingravidas como para pensar mejor.

—Las horas del que está bien provisto no dejan nunca de correr. Viven en un ámbito en el que rigen la urgencia y el estrés. Siempre bajo presión, pasan como estrellas fugaces en la noche oscura.

Empezó luego a afinar el laúd, arrimando el oído al voluminoso vientre del instrumento. Una forma de dejar que digiriéramos y paladeásemos el sabor de su pensamiento.

—¿Y las del pobre? —preguntó Bilal, que seguía echando las cartas sin alzar la cabeza.

—Ah, con esas tuve que ver en otra vida. Dado que van uncidas a la nada y enviscadas en una languidez mortífera, en la apatía de una pereza irremediable, les cuesta muchísimo consumirse...

Hallamos cierta dosis de sentido común en aquellas palabras. El enano Budda, cuyos oídos estaban siempre al acecho, nos espetó:

—Ese es probablemente el motivo por el que los indigentes le tienen menos miedo a la muerte que nosotros.

—¿Cuál es la relación? —se extrañó el herborista.

—Porque no tienen nada que perder —se mofó el enano, y añadió—: Según nuestro sabio músico, el tiempo de los pobres va vinculado a la nada. Cuando estiran la pata, es como si los indigentes estuvieran hasta cierto punto, a lo suyo, como en casa, por decirlo de alguna manera...

—¡Sé más claro! —protestó el herborista.

—¡Muy sencillo, no hay por qué poner el grito en el cielo por pasar de la nada a la nada! Así que el paso de un mundo a otro es una simple formalidad.

Si el rey no hubiera sonreído, ninguno de nosotros habría aceptado de buen grado aquel comentario cojo. Pero Sidi lo convirtió en la ocurrencia de la velada, así que a todos, por unanimidad, nos pareció un pensamiento ingenioso y agudo.

En palacio a veces podía suceder que le robase tiempo a mi dueño y señor.

El talento es una cosa, sacarle partido es otra. Aunque venderme a Sidi en mi justo valor fue una prioridad al principio de mi carrera, dejé de preocuparme según iba envejeciendo. No por ello es menos cierto que mi cultura me seguía jugando malas pasadas. Mi pomposo nombramiento de «encargado del regio sueño», tan codiciado por lo demás, no fue un regalo. Y menos aún una sinecura. Mi propensión a contar historias mejor que mis compañeros me trajo muchos quebraderos de cabeza y atizó una envidia difícil de imaginar. Saberme a solas con el rey horrorizaba al conjunto de los cortesanos. Se me atribuyeron conspiraciones inverosímiles, acusándome de todo lo malo: si despedían a un individuo mediocre a quien no conocía nadie ni por asomo, si destituían a un funcionario completamente anónimo, si ocurría la desafortunada muerte de un general en una carretera nacional, si caía un gobierno en los confines del Sáhara..., ya estaba yo en la picota. De una forma o de otra, mi sombra planeaba tras todas las decisiones brutales que tomase el

rey. Y tales decisiones eran muchas. Así que me atribuyeron el mérito supremo de estar atizando permanentemente la ira de Sidi. Cosa de lo más injusta. Por mucho que yo quisiera favorecer la armonía y evitar los conflictos, estos me daban alcance y me amargaban la existencia. No me quedó más remedio que hacer frente a mis adversarios. Y algo peor aún, una lógica bélica me llevaba a veces a cometer *ataques preventivos*, por utilizar la misma expresión que mi dueño y señor.

Mi cercanía a Su Majestad me proporcionaba un orgullo difícil de disimular y también cierto poder cuyas dimensiones calibraba yo en la mirada reluciente de mis rivales. Poseía, en efecto, el arma más temible que pueda existir en una monarquía absoluta: que me escuchase el rey. Alabar los méritos de un individuo o dejarlo por los suelos se resumía en una simple alusión metida de clavo aprovechando una frase anodina; un comentario de nada bastaba para sembrar la duda en la mente de Sidi. Y, en ese ambiente, el tiempo es tan valioso que nadie se anda con escrúpulos ni comprueba el cómo del porqué. Se zanja. Sin más. Y poco importa que una vida o una carrera den un vuelco en una fracción de segundo. Aquel a quien escucha el rey es tan poderoso como el rey. Fue, pues, esa venturosa proximidad la que me convirtió en el hombre que soy ahora. Y Dios sabe lo que tuve que forzarme para no abusar de ello.

Cuando el rey se retiraba por las noches, yo esperaba una seña del señor Brek, el chambelán, antes de deslizarme discretamente en su cuarto. A Sidi no le gustaba demasiado la luz. Vivía en una penumbra constante, una semioscuridad donde no se veía casi nada. Aunque me sabía dónde estaban exactamente los sillones, los veladores, las lámparas de pie, la mesa baja y los demás muebles, no por eso dejaba de tropezar. También podía suceder que exagerase la caída, yendo a parar de bruces a la alfombra de pelo largo para divertir al rey, un aperitivo antes de acomodarme en un puf a los pies de la cama. Me dedicaba en el acto a preparar el sueño de mi dueño y señor. En cuanto él dejaba el libro en el velador, entraba yo en acción con alguna broma antes de empezar con los relatos que Sidi estaba esperando. Inéditos a poder ser, lo cual no resultaba fácil. Incluso dando rienda suelta a mi imaginación y buscando en la inconmensurable reserva de mis lecturas, trabajaba arduamente en renovarme sin cesar. Me esforzaba, pues, en fingir un cuento original recalentando lo bueno y lo antiguo y aderezándolo con gratos adornos y deliciosas florituras. Procedía con mano izquierda, con una exquisitez tal que hasta yo acababa creyéndomelo. Y cuidaba las formas. Ni una palabra, ni una

expresión, ni una entonación que no estuvieran al servicio de la dimensión narrativa del relato que complicaba aquí y desarrollaba allá, apuntalándolo con mil gracias. No bajaba la voz hasta que llegaban los primeros ronquidos de Sidi. Un feliz murmullo que yo acogía dichoso y daba fe de que los sueños de mi señor iban tomando sin baches el relevo de mis cuentos. Pero a veces sucedía que Sidi se quedaba dormido sin emitir ni un sonido, ni rastro de un silbido, nada, lo que me ponía en un aprieto pues no sabía en qué momento echar el telón ante mis dinámicos personajes. Recurría a algunos subterfugios para salir del paso: colaba en la fábula una palabra que desentonase o una expresión que sobresaltaría a un difunto en el ataúd. Por ejemplo hacía que el califa Harún al-Rashid cogiera el ascensor en tiempos de los Abasidas. Si el rey no reaccionaba, me ponía de pie discretamente, me calzaba las babuchas y salía sin ruido de la habitación. Pero un artificio así tenía, por supuesto, sus riesgos y podía resultar contraproducente. El día en que subí a un helicóptero al poeta Abu Nuwas, en el siglo octavo, para ir a reunirse con su amante en el desierto, Sidi soltó una carcajada que lo tuvo sin dormir toda la noche. Risas incontrolables lo inmutaban a cada rato mientras yo me esforzaba en rectificar el tiro, hechizando lo mejor que podía el sueño de Sidi. Ese enfoque era, por lo tanto, de doble filo. O colaba, y yo podía irme tan tranquilo a casa, o lo pagaba muy caro hasta que saliera el sol.

Como la mayoría de los cortesanos, tengo una casa lujosa en un barrio elegante de la capital, a diez minutos de palacio: un suntuoso regalo de Su Majestad. Sin pretender escandalizar a nadie, tengo empeño en especificar que dicha vivienda me la regaló equipada con un lujoso mobiliario, un garaje provisto de una berlina alemana de primera y, para terminar, un dormitorio que vino a ocupar, transcurrida una semana desde la mudanza, una esposa no carente de encantos que me *proponía* el gabinete real. Mina era una joven del distrito de Tuarga que me dio tres hermosos hijos. No tardó mucho en conquistarme aquella morenita de ojos color avellana, a quien le gustaba comer bien y la poesía. Así eran las cosas: si el palacio te adoptaba, a esa adopción la acompañaba una oferta global que difícilmente se podía rechazar. Esta organización del gabinete real obedecía a consideraciones de seguridad dado que teníamos acceso a diario a los aposentos privados del rey. No es que Mina fuera exactamente una soplona, pero eso no impedía que hubiera tenido un puesto de secretaria en palacio. Los cortesanos no podían, pues, objetar nada a la mujer que les habían asignado. Sin embargo, no recuerdo que

ninguno de mis compañeros protestara. Es más, algunos de ellos, casados ya, no se lo pensaron dos veces antes de reengancharse contrayendo matrimonio con la jovencita que el gabinete les *imponía*. Como la palabra del rey era ley, aquel alegre requerimiento hizo la felicidad de más de uno. Dicho lo cual y, a fuer de sincero, no salí perdiendo en este negocio. Pertenezco a una generación en que la norma era que las bodas fueran convenidas. Y, dígame lo que se diga, tendían a funcionar mejor que ahora. Tras el extraordinario invento de la fotografía, no nos llevábamos ya sorpresas al conocer a nuestra futura esposa en la noche de bodas. En contra de lo que les ocurría a nuestros padres, sabíamos exactamente dónde pisábamos. En aquellos tiempos, las parejas se conocían, aprendían a intimar, vivían, se querían, edificaban, envejecían y morían juntas. Lo digo como lo pienso, les guste o no a mis hijos, a quienes les parezco anticuado y retrógrado. Lo cual no quita para que las uniones actuales hayan perdido el ardor y la magia de antes.

Organizar los matrimonios de una asamblea de perillanes no les resultó fácil a los funcionarios del gabinete real. El caso Budda planteó un serio problema, pues, pese a una búsqueda muy a fondo, no apareció ninguna enana en el distrito de Tuarga. La mujer que le asignaron le sacaba por lo menos un busto de persona adulta que remataba una cabeza de pelo crespo. Él aceptó de buen grado casarse con una *giganta*, pero esta no debía de estar, desde luego, encantada de lo que le había tocado en suerte; pues, por no mencionar una morfología poco halagüeña, el carácter abominable del enano y su legendaria malignidad lo volvían aún más repugnante.

El herborista Musa fue el que se llevó la peor parte. Aunque tuvo el privilegio de unos desposorios con sangre regia, la nieta de un hermano del bisabuelo de Sidi, la damisela en cuestión no pesaba menos de un quintal y pico largo. No era fea ni mucho menos y la regularidad de sus rasgos le daba una pinta más bien simpática. Y, como tenía una forma de ser alegre y guasona, enseguida se olvidaba uno de su obesidad. En lo tocante al glamur, el bueno de Musa tenía que apañárselas fuera de casa. La corpulenta princesa no tenía ni pizca de interés por el asunto. Las carnes que le chorreaban por todas partes eran un atentado manifiesto a la estética y excluían cualquier pretensión de retozo...

El que salió bien parado fue sin lugar a dudas Bilal, el vidente. Como tenía en su haber una profecía referida a la mujer que le destinaban, limitó los daños declarándose públicamente homosexual. Aceptó las afrentas, las bromas de

mal gusto, los calificativos degradantes, todo. Aguantó a pie firme. En cuanto la tomaban con él, se refugiaba en sus cartas, igual que hacía el músico Saher con sus melodías. Todo dejaba de existir a su alrededor. El enano Budda, por más que le disparaba sus flechas envenenadas, no le daba. Así se libró el amigo Bilal de la mujer que solo él había vislumbrado. En vista de los ataques que tuvo que soportar, no debía de ser precisamente una reina de la belleza. Sin embargo, en su inmensa bondad, Sidi dispuso las cosas de forma que le destinaran al vidente un chófer que no desmerecía de los mejores atletas griegos.

Saher fue la única excepción del grupo. Al ver cómo se iban gestando las bodas, una tras otra, temió que lo forzasen a uno de esos apaños, siendo así que estaba perdidamente enamorado de Zohra, un hermoso pimpollo de ojos negros, una vecina de descansillo de la callejuela de su infancia. Una noche clemente, tras brindarnos una canción de amor excepcional del gran Mohamed Abdel Wahab, una historia desesperada que enterneció al rey, aprovechó para sacar a relucir el tema:

—Su Majestad debe saber que quiero a una mujer con un amor semejante al que describe el poeta en esta canción.

—Y ¿quién es esa elegida por la que un artista llega incluso a dar la vida?
—dijo el rey.

—Se llama Zohra, Majestad. Nos prometieron cuando era yo un adolescente. Me sigue esperando.

El rey se quedó pensativo un breve instante. Saher prosiguió:

—Y solicito humildemente la bendición de Su Majestad. Querría tomarla por esposa.

El enano Budda intervino.

—¿No es un insulto para las muchachas de Tuarga? Tenemos a nuestras puertas a las mujeres más seductoras del reino, oriundas de África. ¿No será nuestro músico un tanto racista?

Viendo que mi amigo balbucía, intervine sin querer.

—¡Saher no tiene nada contra las diferencias! En este país estamos orgullosos de nuestra diversidad. ¿Saher racista? ¡Qué aberración! La prueba es que te tiene mucho cariño, Budda, por muy retaco que seas.

Al ver que la situación se envenenaba, el rey zanjó el asunto dando su bendición a la boda del músico y mandando callar al infernal bocazas. Mejor aún: Sidi hizo una seña con el revés de la mano al chambelán para que se

encargase del feliz acontecimiento.

¿Y el matasanos?, me preguntaréis. ¡Dado que llevaba ya una eternidad, para mayor desgracia suya, viviendo en palacio con mujer e hijos, nadie le ofreció nada! ¡Y bien que lo siente, ya lo creo!

6

Para un cortesano, el castigo supremo es que lo priven de su dignidad, dicho de otro modo, verse sin lo más valioso desde el punto de vista humano; incluso aunque, en teoría, ese bien no forme parte de los efectos personales que trae uno consigo al entrar en palacio. Debe depositar en el arco de la entrada el ego, el amor propio y otros orgullos como si fueran babuchas viejas que podrían manchar el alabastro de los patios. Lo cual no impide que, por más que pongan en ello la mejor voluntad, a los hombres les cueste mucho renunciar al propio respeto.

¡Ay, caer en desgracia! He aquí una expresión que solo pueden concebir plenamente quienes han comido de la mano de un tirano. No hay ni una persona del entorno de Sidi que se haya librado de los tormentos de ese veneno. Despedir a alguien cercano es más caritativo que dejarlo en vilo por tiempo indeterminado, a saber, una velada, una semana, un mes, un año... o toda la vida; dejarlo abandonado en la duda; permitir que la incertidumbre le corroa el corazón y las entrañas es el peor de los castigos; una muela picada que no se cuida, pero que tampoco se saca, que no deja dormir y cuyo hostigamiento incesante vuelve loco. Ni dentro del todo ni definitivamente fuera, el desdichado que ha caído en desgracia padece un linchamiento artero, por parte, en primer lugar, del monarca, autor directo del castigo, pero sobre todo de sus propios compañeros, los supuestos amigos y cómplices; unos personajes infames que, hincando las uñas en los brazos de los sillones, se regocijan por no ser esa *víctima* a quien se aplican en crucificar mientras se explayan con invectivas y le dan codazos para apartarlo mejor del círculo de oro. ¡Que tenga mucho cuidado quien tropiece, no existe la compasión en el entorno del rey! El caído en desgracia nota entonces un vacío que no tiene nombre, una soledad insoportable y una pérdida de identidad, pues de pronto no representa ya nada ni para sí ni para los demás. Se interna en la nada y la caída es larga, interminable; desorientado, busca en vano una mano que lo

socorra. Con el peso añadido del desprecio y la altanería de los hombres sin memoria, la espera se prolonga y convierte el tiempo en un enemigo temible contra el que querría luchar. Sí, pero... ¿cómo? ¿Con qué armas? Las que tiene llevan cartuchos de fogueo, petardos mojados y asmáticos; ¡un rencor inútil cuya pena húmeda brega por él con un rumiar estéril! ¿Cómo combatir una mirada torva, una alusión asesina, un cuchicheo que cesa cuando pasas? ¿Qué decir ante la compasión, incluso sincera, o una palmada de condolencia en el hombro cuando estás de rodillas...?

¡Ay, caer en desgracia! Qué expresión tan fea. Puedo hablar de ello porque he recorrido sus recovecos oscuros, allá lejos, en lo más hondo del olvido, en ese lugar remoto donde nunca se encuentra uno con nadie. Allí se va por turnos, sin un hombro amigo en que apoyar la cabeza para un sollozo a medias, un consuelo discreto. En esa zona ni lloras ni te lamentas, te conformas con flotar en las simas del desamparo sin saber ni cuándo ni cómo, ni en qué estado te hallarías si llegase al fin la liberación, refulgiendo en una brecha salvadora de las nubes. Pero, entretanto, ahí te quedas agachado, desgranando las horas en que, tras el silencio, llega el silencio; en que las noches en blanco ni tan siquiera cortejan ya al arrogante sueño que te mira de arriba abajo con sus ojos de cristal, unos ojos en que titilan, al reflejarse, tus múltiples e insondables tormentos. Entonces ahí te quedas, resignado, impotente, consumido, anonadado, solo. Terriblemente solo. Más adelante, os diré cómo resbalé hacia ese purgatorio tan temido que, solo con nombrarlo, me hace sentir aún escalofríos, después de veinticinco años.

Un día, recayó en un importante ministro, cuyo nombre me voy a callar por caridad, una de esas iras ciegas de Sidi. Una historia que causó sensación en los pasillos de palacio. Desde el soldado raso hasta el general de brigada, desde el portero insignificante hasta el chambelán, desde el vulgar esclavo de Tuarga hasta el veterano guardián del harén, todos se relamían con aquella succulenta desgracia. El tal ministro, y puedo hablar del asunto porque lo presencié en primera fila de butacas, se ganó la furia del rey un día en que este estaba de un humor de perros. Aquel imbécil no lo había consultado con nadie antes de presentarle a Su Majestad unos documentos que renqueaban. Si hubiera hecho caso del índice enarcado del caíd Moha, bien visible sin embargo a la entrada del salón, una temible cola de escorpión dispuesta a clavarse en el primero que se presentase, no cabe duda de que habría quitado de en medio aquel culo suyo tan gordinflón. Igual que yerran algunos

veteranos, convencidos de que su habilidad, su elevado pensamiento y su experiencia los resguardan de los peligros, nuestro hombre se creía intocable, seguro de que el talento era la sustancia y el carburante indispensables para la buena marcha del reino. ¡Grave error en tierra de poder absoluto! El interés general tiene muy poco peso ante el mal genio del rey; los efectos de un simple insomnio pueden dejar el país paralizado durante meses y a nadie se le ocurre nada que objetar. Es un axioma de todos sabido aquí: en la corte de un soberano no hay nadie insustituible. Es más, en cuanto un elemento temerario cae en sueños de grandeza, creyéndose un pilar del edificio, acto seguido se hunde en un cieno cuya existencia no sospechaba, chupado por los tentáculos de un pulpo invisible. Llevar la cabeza fuera de los hombros entraña ciertos riesgos en el entorno de un monarca. Que esa zona sea flexible, como les sucede al cuello de las tortugas, puede resultar salutífero. En este hermoso atardecer de primavera, nuestro amigo el ministro iba a pasar por la dolorosa experiencia de un enfado regio.

Estábamos a la mesa cuando el muy descarado entró en la sala principal y se adelantó con paso firme como si fuera a anunciar un terremoto en el norte del país, una ola gigante en las inmediaciones de la capital o una guerra inminente con nuestro vecino del este. Un silencio acompañó su porte transcendente mientras se acercaba a Sidi. Inclinandose sobre su hombro, le susurró algo al oído y dejó en la repisa, al lado del teléfono, una carpeta azul. La audacia y el aplomo de su comportamiento daban fe de que en nuestra presencia se estaba tratando un asunto de Estado y que no había ni un minuto que perder para adoptar las decisiones que se imponían. Clavamos los ojos en Sidi pensando que se iba a levantar de un brinco del asiento, convocar a los ministros e irse a toda prisa a su despacho para tomar el timón de las operaciones. En vez de eso, se quedó pensando y mirando al techo. Yo conocía bien ese aire, ese rostro inexpresivo en que a Sidi se le quedan fijas las pupilas mientras guarda un silencio singular; en que la tierra deja de girar; en que los cortesanos contienen la respiración; conocía esa calma engañosa, esa curiosa quietud que precede a las tormentas fortísimas. Volviéndose hacia los guardias, el rey soltó con una voz que podría haber sido suave si no hubiera rezumado hiel: «¡Quitadme de delante a este borrico! ¡No quiero volverlo a ver!».

Existían unos códigos entre el rey y su guardia personal. Según el tono de voz y la severidad de la mirada, los oficiales tenían dos opciones: una era

agarrar al desdichado y tirar de él por la capucha de la chilaba, arrastrándolo, encorvado, por pasillos y jardines hasta las puertas de palacio y, luego, arrojarlo violentamente al asfalto para infligirle el colmo de la humillación; la otra, escoltarlo de forma más o menos civilizada, pero no menos vejatoria, hasta la salida, bien encerrado entre sus imponentes espaldas. Conocedor de las costumbres de palacio, el ministro se fue sin esperar...

Así empezó aquella historia sorprendente que, por lo que pudiera recordar un cortesano, no tenía parecido con ninguna otra recogida en los anales de palacio. Anticipándose a los cancerberos, que se le estaban acercando, un tanto indecisos y perplejos, porque no dejaba de ser alguien de muchas campanillas en el aparato del Estado, el ministro salió de la sala y se encaminó hacia las regias cuadras, seguido por todo un ejército de guardias. Por más que les hubieran ordenado que lo echasen, les costaba tratar con rudeza a uno de los colaboradores más íntimos de Sidi. Un barullo desacostumbrado que no entendió en absoluto el palafrenero mayor. Pensando que se trataba de una visita imprevista del rey, se apresuró a abrir la portalada de par en par, silbando para que su gente acudiera a toda prisa. El ministro entró, se fue a un box que estaba vacío porque estaban a punto de limpiarlo, se metió dentro y se sentó en el mismísimo suelo, apoyando la espalda en un montón de heno. Pasmados, los guardias vieron cómo se le ensuciaba la chilaba blanca. Exclamó de pronto, dirigiéndose al anciano palafrenero: «Sidi opina que soy un borrico, que así sea, mi lugar está, pues, entre los animales. ¡Pienso vivir, comer y dormir con los animales, y no saldré de este lugar, yo que soy un borrico, más que cuando lo ordene mi señor!».

Atónitos, los hombres cruzaron miradas desesperadas, al no saber qué trato darle a aquella situación inédita. Estaba claro que el ministro ya no regía bien. Llegó el refuerzo de varios dignatarios, pero estos no pudieron sino constatar la deficiencia mental del *borrico*. No por ello dejaron de intentar hacerle los cargos a su amigo, que no quiso atender a razones. Peor aún: el ataque de locura se volvió incontrolable. Cogió bosta de caballo y se la untó por la cabeza, repitiendo en voz alta: «¡Los borricos viven con los borricos y huelen como los borricos, es lo lógico! Sidi ha dicho que era un borrico, así que mi lugar está con los borricos. Sidi no se equivoca nunca en la forma de ser de las personas, puedo dar fe de ello porque lo he servido dignamente la mitad de mi vida...».

Los guardias hicieron, muy poco convencidos, un intento para sacarlo de

allí, pero el gran muftí, que pasaba por casualidad, se opuso y sugirió que llamasen al doctor Murra, cosa que hicieron en el acto. El matasanos no tardó en presentarse con su maletín negro, su floreciente tripa y su campechanía. Lo primero que hizo fue dispersar a los trabajadores curiosos que se agolpaban a la entrada de las cuadras. Le pidió al palafrenero una botella de agua fresca y se fue al box, con el paciente. Lo saludó, se sentó en el suelo a su lado y se puso a charlar con él como si estuvieran en un salón cualquiera. Al cabo de un momento, consiguió de milagro que el ministro se tomase un calmante, una dosis de caballo por así decirlo. Luego, se marchó de las cuadras tranquilamente.

Uno de los oficiales acabó por tomar la decisión de remitirse al rey, a quien le pareció una historia muy divertida. Estuvo bromeando con sus acompañantes, que se desmadraron..., soltando gracias tan soeces como asesinas. El enano mencionó una posible relación del ministro con el semental de Sidi, recordando una historia que se había comentado mucho en los últimos tiempos: la de un joven a quien habían encontrado muerto junto a su caballo, asfixiado por el semen de este..., una efusión fulminante que le inundó el estómago y los pulmones al desdichado..., un honrado campesino que no tuvo fuerzas para resistirse al órgano majestuoso del animal. «Las historias de amor acaban mal siempre», remachó el herborista Musa.

Bilal, que seguía consultando sin parar las cartas, aportó un matiz no carente de interés. Se acordó de que un día, durante un apareamiento, cuando un purasangre árabe acababa de montar a la yegua parda, el ministro le llamó la atención sobre la apariencia eminentemente erótica del caballaje. Recordó también que le brillaban los ojos de forma especial. Añadió que esas palabras, que comentaban tan gloriosa operación en términos de estética amorosa, a él le habían causado unos singulares escalofríos. Bilal se decantó, pues, por una posible aventura entre el ministro y la yegua parda, de cuya oronda grupa se desprendía efectivamente cierta sensualidad. Por lo demás, las cartas no contradecían en absoluto esa situación de hecho. Cuanto más se reía Sidi, más partido les sacaban los bufones a esos delirios. A ratos, se volvían a mirarme porque, por supuesto, todo el mundo esperaba de mí unas cuantas bromas cáusticas, una forma de sellar definitivamente el destino tragicómico del ministro. Cosa que no hice. Nunca he sabido reírme de los hombres caídos.

Con ese espantoso cinismo suyo, Sidi ordenó que dejasen al ministro pasar

la noche en las cuadras. Pidió, sin embargo, que le llevarsen una bandeja con comida y una manta.

En lo tocante a la dignidad, he aquí hasta dónde podían caer algunos de mis colegas para salvaguardar su *hueco en el mundo*. Con todos esos años que he pasado junto a Sidi, nada me puede sorprender ya en cuanto al grado de envilecimiento y de deshonor humanos.

¿Qué hay más natural en un adivino que acceder a la gloria mediante un sueño? Para llegar a palacio (en realidad por obligación y a la fuerza), Bilal había tomado una tortuosa senda onírica: una pesadilla en la que Sidi se había visto, con el príncipe heredero en brazos, rodar desde la cima de una montaña rocosa hasta un valle de arenas movedizas. Una horrorosa escena de espanto en que alzaba a su hijo sollozante, intentando salvarlo a la desesperada, mientras él se hundía, impotente, en el cieno. Aquel mal sueño le dejó a Sidi en la mente un gran desasosiego. En cuanto cerraba los ojos, veía su trono en equilibrio precario, encaramado en unos zancos altos y oscilantes, a punto de irse a pique. Se despertaba entonces sobresaltado con el sudor corriéndole por la cara y el corazón desbocado. La angustia de esa caída le causaba perjudiciales insomnios y le exacerbaba un humor ya picajoso de por sí. Las numerosas explicaciones que le proporcionó su entorno eran contradictorias y, por consiguiente, se anulaban unas a otras. Se vio pasar por la antecámara a varios maestros espirituales, a videntes expertos e incluso a unos cuantos charlatanes notorios. Había quienes veían en el sueño una reconquista del desierto, un regalo al príncipe para que asentase allí su futuro reinado, y en cambio otros interpretaron esas visiones como una fusión del rey con la tierra de sus gloriosos antepasados... Y no fueron estos los únicos intentos de dorarle la píldora; ninguno había logrado convencerlo.

Cuando se nos iban cerrando todas las puertas y, desesperados, empezábamos a rendirnos, aún nos quedaba un último recurso: la reina madre, que poseía el don de desenredar las situaciones intrincadas. Como teníamos pocas probabilidades de cruzarnos con ella por los pasillos de palacio, el caíd Moha se encargaba de llegar hasta la gran señora, por la que sentíamos una admiración sin fisuras. Nos gustaba verla, con un caftán de seda, durante las fiestas, cuando acudía a felicitar a Su Majestad. Me parecía conmovedor el espectáculo de Sidi inclinado, casi de rodillas, besándole el dorso y la palma

de la mano a su mamá. El rey decía muchas veces: «El paraíso está oculto bajo los pies de las madres; besádselos todas las mañanas y tendréis una oportunidad de llegar a él...».

Aunque la reina no sea mi progenitora (y lo lamento), confieso que encontré un día el paraíso bajo sus pies. De verdad de la buena. Fue hace mucho, la víspera del Aid el-Kebir. Una fiesta que, en realidad, a mí no me agradaba, tan laboriosa como cruenta; y, sobre todo, onerosa, pues toda mi tribu acudía desde el sur y acampaba delante de mi puerta, esperando del *inmensamente rico acompañante del rey* la limosna de un triste cordero que sacrificar. Y aquel año no tenía ni un céntimo para cumplir con la entrega del rebaño que me pedían. Me pasaba las noches haciéndome mala sangre y sin saber por dónde meterle mano al problema. Familias enteras, sentadas en el suelo a lo largo de la tapia de mi jardín, esperaban, como algo que les era debido, los animales a los que los tenía acostumbrados. Desentenderme equivalía a robarles la fiesta, pero también a desacreditarme ante ellas, yo, uno de los suyos que había recibido la gracia de librarse de la fuerza de la gravedad y de navegar allá arriba, por el firmamento. Era, pues, imposible. Por otra parte, el orgullo me impedía tajantemente pedirle a Sidi un anticipo. Estaba a la vez angustiado y confiado, convencido de que a los hombres de mi condición, nacidos con buena estrella, los salvaban *in extremis* seres que bajaban del cielo. La liberación me la trajo la reina madre en persona. Efectivamente, la bondadosa señora me sacó de apuros al día siguiente, sin ir más lejos. Al llegar a palacio, la vi en un rincón del jardín, regando unos arriates de flores de colores tornasolados y formas curiosas y sensuales. Semejante espectáculo trajo en el acto a Ben Brahim, quien, por mi boca, declamó un poema a mayor gloria de la rosa que regaba otra rosa... y sacó a relucir *el murmullo de la brisa, las perlas del rocío* y otras untuosidades matutinas.

La reina sonrió y me dijo:

—Me pillas desprevenida, Mohamed, no tengo nada que darte a cambio.

—Una reina siempre tiene algo que darle a su sirviente, Lala.

—Pues ¿qué quieres? ¿Mi chal?

—Una de sus preciosas babuchas bordadas, Lala.

—¿Por qué una solo? —dijo ella, divirtiéndose en quitárselas—. Toma las dos.

—Me basta con una, Lala. Si tuviera las dos, mi mujer podría caer en la tentación de ponérselas. Pero no se debe mancillar un santuario que han

visitado los ángeles.

La reina sonrió, perpleja. Un guardia le trajo en el acto otro par de babuchas.

Aquella noche, en la antecámara, les expliqué a los cortesanos en qué callejón sin salida me encontraba: mi penosa situación financiera y el ejército de pueblerinos que tenía sitiada mi casa. Les pedí su apoyo porque iba a subastar una babucha de la reina madre en presencia de Sidi. La idea les pareció divertida y original y prometieron seguir adelante con el juego hasta el final. Al enano Budda no lo metimos en el ajo porque era capaz de chivarse y estropearnos la animada representación. Así que, poco antes de cenar, me saqué de la capucha aquella rareza, que dejé encima de la mesa. «Señores — exclamé imitando a un charlatán—, nunca me habría separado de un tesoro como este si la indigencia de mi tribu en vísperas del Aid me dejase otro remedio. Se me parte el corazón al tomar la decisión de vender al mejor postor un valiosísimo regalo que me otorgó Lala Um Sidi: una babucha bordada con hilo de oro y marcada con sus prestigiosas iniciales».

Un entusiasmo bastante comedido cundió por la sala cuando anuncié el precio de salida. Era tan elevado que el rey, que atendía a distancia, se olió el timo y volvió a ensimismarse en el acto en el libro que estaba leyendo. Les recordé a los cortesanos la divisa de mi señor adaptándola al contexto: «¡Si el paraíso se halla bajo los pies de las madres, más aún está bajo sus babuchas! ¡Y los bordados de esta os proporcionan un anticipo!».

El rey sonrió, pero no movió ni un dedo.

Cuando comenzó la venta, el enano Budda salió de la sala, mientras el músico Saher y el doctor Murra se dedicaron a pujar fervientemente. Un general se sumó a la partida, enardeciendo a unos cuantos convidados accidentales que también participaron. Me descubrí la labia de un subastador, acusando a uno de rácano, cortejando la bolsa de otro, exacerbando lo mejor que me era dado el espíritu de posesión y de conquista de los hombres que pujaban de forma desorbitada. Atrincherado en su alfombrilla de oración, el gran muftí intervino de pronto con una puja demente, cincuenta mil dirhams contantes y sonantes. Una cantidad descomunal que dejó a los allí reunidos estupefactos, estupefacción que, afortunadamente interrumpió una carcajada de Sidi, quien, con ademán de estar al cabo de la calle, tomó la decisión de pagar. Nadie supo qué mosca le había picado al gran muftí, que solía ser tranquilo y comedido. Había querido llegar a la estratosfera al proponer un

precio que rondaba lo absurdo. Pero su intervención había tenido el mérito de hacer que el rey cubriera la puja. Al recoger la babucha, Sidi se volvió hacia mí: «¡Me sé tus tretas, Mohamed! Sobre todo no te creas que me has tomado el pelo. Este es un regalo que les hago a los piojosos de tu tribu; ¡deséales de mi parte que tengan una buena fiesta!». Hice una humilde reverencia, encantado de que *la rosa que regaba otra rosa* me hubiera proporcionado una fortuna. Bastante para convertir a este servidor de ustedes en ganadero.

Pero volvamos a Bilal y a su ascenso a la corte del rey. Cuando a los cortesanos, por mediación del caíd Moha, los recibió por fin la reina, esta los orientó en el acto hacia Tamu, una de las mujeres de su harén, bruja de profesión y especializada en los códigos de la lengua del alma. Era opinión generalizada que aquella persona de ojos pavorosos conocía, por los ángeles caídos, sus cómplices, la clave de los sueños más extravagantes. Pero, en cuanto supo que el sueño en cuestión era del rey, no quiso correr riesgos. Nos recomendó que consultásemos a su propio maestro, conocido por Bilal, que vivía como un asceta en una cueva remota cerca de un lugarejo encaramado en el Alto Atlas. Un sabio sufi, célebre porque descifraba los símbolos premonitorios y las señas ocultas de todo tipo..., un maestro indiscutido a quien los hombres de su pueblo habían proclamado morabito construyendo en vida de él una *kubba* donde, más adelante, reposarían sus restos.

La reina madre se tomó el asunto muy en serio y envió a unos guardias para que trajeran consigo a la mayor brevedad al adivino. Tras varios días de marcha por senderos de montaña escarpados y sinuosos, acabaron por dar con la aldea en cuestión. Luego, algo más arriba, llegaron a la cueva ante la que un herborista estaba quemando plantas mientras balbucía plegarias. Musa, el devoto sirviente del adivino Bilal, los llevó hasta su jefe, que estaba echando las cartas rodeado de unas diez velas de tamaños diferentes.

—Los estaba esperando, señores.

—Por orden de la reina...

—Mi hatillo y el de mi asistente ya están preparados. Estamos listos para acompañarlos, señores.

Los guardias se miraron, asustados.

Y así fue como, pocos días después, ambos hombres se hallaban en la antecámara, a la espera de que los recibiese el rey.

El adivino Bilal sacó las cartas e hizo aquel día lo que iba a seguir haciendo los treinta años siguientes. Lo mismo que el herborista Musa, que se

tomó muy a pecho apestarnos con su incensario durante ese mismo período de tiempo. Me acuerdo como si fuera ayer de aquel día en que Sidi recibió en su despacho por primera vez a Bilal. Se suponía que la entrevista iba a durar un cuarto de hora, pero se eternizó y duró toda la mañana. El adivino y el monarca estuvieron allí encerrados como viejos amigos y no se filtró nada de lo que hablaron. Nunca se supo qué había sucedido entre ambos hombres. Lo único seguro es que Sidi recobró ya al día siguiente los ánimos y el buen humor y que Bilal no volvió a irse de palacio desde entonces. No había puesto más que una condición para aceptar ese compromiso: que no lo separasen del herborista, cosa que Sidi aceptó muy satisfecho.

Mi padre decía: «Por el cielo flota un meteorito que se supone que le caerá en la cabeza al primer terrícola que hable mal de sí mismo en público». No en broma, como ocurre a veces, ni por falsa modestia. Mi padre afirma que la tal roca nunca le ha caído encima a nadie, lleva suspendida en la atmósfera desde la noche de los tiempos y navega buscando a ese ser tan poco frecuente. Lo cual explica que en el ejercicio de la autobiografía solo puede albergarse parte de la realidad. La más halagüeña, en último término. De otro modo, yo estaría ya muerto, me habría aplastado el temible y paciente meteorito.

Cuántos rodeos en este relato mío para evitar la mención de una herida que llevo a cuestas desde hace tanto tiempo: la de mi hijo mayor, que tuvo la brillante idea de dar por tierra en una sola mañana con la obra de una vida. Un paria así no podía acabar sino en la oscuridad de un calabozo, en el sur, el más distante posible de la comunidad de los hombres; allá lejos, en el desierto, en lo hondo de un agujero excavado en un lugar alejado de todo, un moridero acorde con su extravío por donde rondan otros fantasmas como él. Esta tragedia hizo que todo el mundo me viera como el enterrador de mi propia progenie. Me había convertido en un monstruo, en un gusano, un vendido. Me censuraron de forma inicua, me juzgaron y me condenaron de antemano. ¿Cómo contar mi historia ocultando la de mi hijo, la carne de mi carne que estuvo a punto de arrastrarme en su caída? ¿Cómo describir los regresos a casa, donde me esperaba una mujer en duelo perpetuo, una madre amputada del primero de sus amores: su primogénito? Mientras Abel estuvo encerrado en una cárcel reglamentaria, la situación fue soportable. Nuestras relaciones eran tensas, pero seguían siendo, no obstante, educadas y respetuosas. Mi mujer no dejaba ningún jueves, día de visitas, de llevarle una cesta de comida, mudas limpias y cigarrillos negros. Aunque fuera desgraciada, volvía serena por la noche y con el corazón apaciguado. ¡Llegó incluso a bromear, diciendo que la cárcel le permitía ver a su hijo con mayor

frecuencia que cuando era libre! No como le habría gustado verlo, claro, porque no podía estrecharlo en sus brazos, pero en fin... La tranquilizaba saber que estaba bien de salud y hablar con él pese al barullo del amplio locutorio, que se componía de dos muros con rejas: de un lado, se agolpaban las familias, y del otro, los presos, y entre los dos iba y venía sin parar, oído avizor, un boqueras. Luego, de pronto, todo se acabó. Abel se había volatilizado sin más y nadie estaba en condiciones de darle a su madre la mínima explicación. Sin los dos adolescentes que la esperaban en casa, Mina se habría vuelto loca seguramente. Pero no por ello dejó de ir a comunicar al penal central. Iba todos los jueves a las diez en punto, con su cesta de comida, mudas limpias y cigarrillos negros. En las fiestas, animaba el lote con una caja de dulces bien provista. Por más que los boqueras la echasen, seguía volviendo. Se sentaba en un banco ante la gigantesca portalada de hierro claveteado y allí se quedaba toda la mañana. ¿Qué esperaba? Yo no sabría decirlo; quizá una paloma mensajera que fuera a posársele en las rodillas y le diera noticias de su pequeño. Los mendigos se apelotonaban en torno a ella, pues sabían que antes o después acabaría por repartir equitativamente la comida, las mudas limpias y los cigarrillos negros. Transcurrió un año largo antes de que renunciara por fin a esas visitas tan inútiles como dolorosas. Ya no podía soportar el estribillo de los boqueras: «Por orden del rey, a los amotinados los han trasladado a unas instalaciones militares...». «No, señora, el lugar se mantiene en secreto.» Y ahí residía todo mi drama. En esa *orden del rey* estábamos implicados, por supuesto, quienes lo rodeaban, es decir, mis compañeros y yo. No podíamos por menos de estar enterados. Fue por aquel entonces cuando se dislocó nuestro nido. Una noche, poco antes de dormirnos, cuando estábamos tendidos en la cama, Mina se me arrimó al hombro y me dijo al oído: «Pero ¿cuándo vas a decidirte a devolverme a mi hijo?». Me quedé cortado, impotente, contentándome con mirarla sin poder emitir ni un sonido. Recibí esa petición como aquellos cachetes a traición que me daba mi padre, de pequeño, por faltas que no había cometido. ¿Qué podía contestarle? ¡Tan inapelable era su acusación que cualquier argumento habría sonado a una mentira! Se levantó, salió de la habitación y fue la última noche que compartió mi lecho. Mina no era mujer que se prodigase por la calle, contando a voces la desaparición de su hijo y arañándose la cara. Ni tampoco hacía confidencias a sus amigas que iban a casa por las tardes a tomar el té. Las criadas la sorprendían a veces, hablando sola en la cocina, entre dos suspiros: «Echo de

menos al niño», o si no: «Con este frío, debe de estar tiritando donde lo tengan», o también: «Le encanta esto o lo otro...». En los veinte años que vinieron después, Mina siguió creyendo en un milagro, convencida de que su mocetón iba a volver a aparecer una buena mañana. Volvería a llamar a la puerta como si tocara un tam-tam. En otros tiempos, en cuanto oía esos golpes familiares, daba un bote, se atusaba el pelo y salía corriendo de la cocina para ir a abrir la puerta. No se le colgaba del cuello en el acto, como lo habría hecho cualquier madre, se tomaba el tiempo de admirar el monumento que llenaba el marco de la puerta; una obra magna, la suya, fuente inagotable de orgullo, un puñado de barro con el que ella había sabido hacer una estatua de mármol viva, amorosa, luminosa, que se erguía majestuosamente ante ella. Contemplaba con ojos de artista a su oficial, tan fornido, tan exquisitamente elegante, hermoso como un dios, sacando pecho con su atuendo militar. Pero Abel no resistía a la tentación de levantar a su madre en vilo y estrecharla en sus brazos muy fuerte. ¡Era tan buen mozo y ella tan menuda! Y se quedaban un momento aferrados como dos amantes que llevasen separados mucho tiempo, sin decirse nada, casi sin respirar. Luego la dejaba con suavidad en el suelo, se inclinaba y le besaba ambos lados de la mano. Una costumbre tierna que tenía desde pequeño. Ella le dejaba de buen grado la mano y él no la soltaba. Se iban juntos al salón. Abel sabía que no se libraría del interrogatorio ritual respecto a su vida lejos de casa. Mina quería saberlo todo del cuartel, de los viajes al Sáhara, donde la guerra siempre estaba acechando, del siguiente desfile militar al que no dejaría de invitar a sus amigas para que fueran a aplaudir a su héroe.

En realidad, solo había una curiosidad que le picase: ¿qué pasaba con su vida sentimental? Orientaba la charla hacia ese tema como quien no quiere la cosa. Al verla tan poco sutil como de costumbre, Abel sonreía: ¿había alguna chica a la vista? ¿Estaba enamorado? Podía contárselo, le guardaría el secreto. Sería una tumba, pero tenía que contárselo todo sin dejarse ni un detalle. A ver, ¿cómo se llama? ¿Qué aspecto tiene? ¿De qué zona es? Y como él no contestaba o lo hacía muy por encima, decía acto seguido, con tono fosco, como consecuencia lógica de su obsesión: ¡veinticinco años, Dios mío! A su edad ella estaba ya criando tres hijos. Tenía que pensar a toda costa en tomar mujer. Si se lo permitía, ella se haría cargo encantada del asunto. Había montones de jóvenes de buena familia en el barrio, a cual más bonita, y todas se pelearían por tan buen partido. Bastaba con que Abel alzase el dedo

meñique y el asunto estaba en el saco. Y además, seguía diciendo afligida, no tenía derecho a privar a su anciana madre de tener nietos. Ya iba teniendo sus añitos y no quería de ninguna manera dejar este mundo huérfana de descendencia. Por lo demás, ¿qué mejor regalo podía hacerle a su madre que una nuera dulce y encantadora que le hiciera compañía y la respaldase? Los militares siempre andan por ahí y la madre y la nuera formarían un equipo sólido que ganaría en todos los frentes...

Los días de permiso se contaban con los dedos de una mano. Mina no desaprovechaba ni una migaja. Se entregaba en cuerpo y alma a la tarea y le cocinaba a su hijito del alma sus platos favoritos: tayín de cardo con aceitunas amargas y limones confitados, pichones rellenos envueltos en tortas de masa fina, alcuzcuz de cebada con siete verduras..., cada día un manjar diferente, un sabor refinado que preparaba con amor. No dejaba guisar a nadie. Alborotadas por la presencia del joven oficial, las criadas recorrían el patio. Si una pasaba la bayeta moviendo despreocupadamente las posaderas, a la otra le parecía que los naranjos estaban pasando sed y le faltaba tiempo para regar el macetero que estaba delante del salón grande. Se lanzaban miradas cómplices y risueñas. A veces se ponían coloradas al ver a Abel con el torso al aire, un cigarrillo en la comisura de los labios y un libro en la mano. Por supuesto que las dos estaban enamoradas de él. ¡Y seguro que no eran las únicas! Consciente de sus maniobras, Mina fingía que no se daba cuenta de nada. Sonreía en secreto, pensando en que, a la edad de ellas, seguramente se habría inflamado igual. A veces encargaba a una que le llevase el café al salón. Pese a lo perezosas que solían ser, las muchachas se peleaban por ir a atender al apolo. Durante las breves estancias de Abel, la cocina funcionaba a pleno rendimiento para confeccionar los dulces que iba a llevarse al cuartel; una cantidad enorme de cajas de plástico atiborradas de cuernos de gacela, de pestiños de miel rellenos de almendras, de pastas y demás galletas, muy prácticas para los desayunos...

Ahora puedo expresarme con libertad y sin estar obligado a guardar reserva. Mañana o pasado mañana, Sidi expirará y me iré a vivir con los míos. Contigo, Mina. ¡Y si me concedieras el favor de escucharme un momento sin interrumpirme, sin opinar *a priori*, sin juicios prematuros...! Querría aliviar mi corazón, no para verter amargura alguna en el tuyo, sino sencillamente para intentar darle un sentido a nuestra historia. Soy hombre de fe, bien lo sabes. Juro por el Altísimo que nunca he sabido si Abel estaba vivo o muerto. Ni en

qué calabozo se podría. Las acusaciones injustas, el desprecio, el odio que brotaba de todos vosotros me anonadaron. Esa presión permanente que soportaba me hizo sufrir mucho. No me quejé nunca porque, por muy intenso que fuera mi dolor, habría sido indecente compararlo con el tuyo. Era consciente de que la posición que ocupaba, en la cima de la pirámide, me hacía compartir de entrada el secreto de los dioses, pero ¿cómo no se os ocurrió a ninguno ni por un momento que, en mi posición, la de un padre cuyo hijo ha atentado contra la vida del rey, no tenía margen de maniobra? ¿Cómo explicarte, amor mío, que mis declaraciones oficiales no tenían más finalidad que salvar al resto de la tribu? ¿Tenía otra opción que no fuera la de renegar de mi sangre? Renegar de ella públicamente y a voz en cuello. Cortar todo vínculo que me uniera al asesino que había arremetido contra la vida de mi dueño y señor. ¡Ah, Mina, te pido perdón por haberte querido a mi manera, ruidosa, torpe, agotadora! Perdón por haber reproducido en nuestra casa un palacio en miniatura donde, por mimetismo, interpreté el papel de un reyezuelo rodeado de una corte de aduladores, de mentes quiméricas de poca monta y de gorriones. Hombres sin interés alguno cuya insignificante ligereza me ayudó, sin embargo, a envejecer. Perdón por haber proscrito el nombre de mi hijo bajo mi propio techo, por haber prohibido toda alusión a su turbulento y caótico destino. ¿Crees que no me daba cuenta de nada? ¿Que el tumulto de mi vida señorial me mermaba el entendimiento? ¿Que no notaba el dolor que te arrasaba el rostro angelical? Ay, Mina, bien veía cómo naufragaban tus grandes ojos en las órbitas igual que en un pozo de pena. Veía ahondarse en tu rostro arrugas semejantes a tachaduras en un libro que no quise escribir. No tenía armas para enfrentarme a ese mal que te iba royendo por todos lados. El ausente estaba más presente en tu corazón que todos nosotros juntos. Antes de todas las comidas, le apartabas su ración por si se presentaba de improviso y pedía de comer, como en los tiempos pasados en que volvía hambriento del cuartel. Aquellos tiempos en que te sentabas frente a él para mirar cómo se zampaba en pocos minutos el plato que habías estado horas preparando. Aquella *ración del ausente*, como decías tú, alcanzaba proporciones irracionales cuando se adueñaba de ti la angustia, cuando el vacío que había dejado tu hijo se volvía insoportable. Los criados se chupaban los dedos con ella todos los días, pues nunca venía nadie a reclamar esos alimentos. Perdón por haberme arropado en el orgullo de mi cargo, por haber picado en aquel juego de rol que creemos eterno y que, finalmente, no es sino un juego en que

los hombres vuelven a ser niños. Con las correspondientes peleas pueriles; envidias, caprichos, inestabilidad, excesos de todo tipo... Hombres que son niños en todo, en todo menos en la inocencia.

No, no quería sacar a colación esa historia. ¿Para qué volver a abrir una herida que he tardado años en restañar, atizar el rescoldo de un fuego bajo unas brasas agonizantes, revolver en los bajos fondos de la memoria el tártaro de los rencores que ha decantado el tiempo, remover los recuerdos turbios, el magma de las antiguas incomprensiones...? ¿Para qué, a nuestros años, volver sobre lo irreparable como si no hubiéramos sufrido ya bastante? Y, sin embargo, sabía que me habría resultado difícil eludir ese penoso episodio de nuestra vida. Que antes o después me pedirían cuentas por un hecho del que no soy responsable. ¿Cobarde, dices? Quizá. Podría haber escogido dar un portazo —otros lo han hecho—, volver a bajar a la tierra y aprender de nuevo a caminar con el común de los mortales. Renunciar a la gloria, a las reverencias de la gente de poca monta, a la magnificencia de las ceremonias regias, al orgullo mareante de una vida entre las estrellas, rodeado de joyas, de pedrerías, de elegancia, un mundo en que la fealdad física no existe. Podría haber regresado a Marrakech, dar clases en una escuela cualquiera de la medina y vivir feliz contigo. Quizá. Pero habría sido necesario que me impidieran el primer día probar la gran vida y los fastos del poder. Mi padre decía: los pobres ni se imaginan que pueda existir un mundo así, la imaginación se les detiene forzosamente en el primerísimo nivel de la orgía. Porque si no fuera así, se amotinarían.

Pero ¿hasta cuándo, amor mío, vas a estar acusándome de haberte robado a tu hijo? De acuerdo, era un oficial joven. De acuerdo, obedeció órdenes de sus superiores; de acuerdo, no tenía por qué saber que los generales iban a atentar contra la vida del rey, pero no ignoraba que su propio padre estaba entre los comensales mientras los cadetes, embravecidos, disparaban para todos lados en pleno centro del palacio. No querría extenderme en esta historia porque me sigue atormentando hoy.

9

Dicen que los ángeles conceden a los enfermos muy graves un respiro poco antes de la recaída definitiva: el milagro de un aplazamiento de condena al borde del abismo. Dicen que la esperanza saca las uñas y se aferra como puede a esa ilusoria escampada. Yo no lo creo. La resurrección de Sidi es la consecuencia directa de nuestras fervientes plegarias. Hace meses que le rogamos a Dios que le perdone la vida a nuestro amo y señor, que alivie sus padecimientos. Por fin nos ha escuchado, de eso es de lo que se trata.

El chambelán Brek me envió temprano un emisario que me anunciaba una noticia de lo más sorprendente: «Sidi se dispone a ir a jugar al golf. Reclama tu presencia». ¡Que la enfermedad remita es una cosa y hacer deporte cuando apenas se tiene uno de pie es otra muy diferente! Si el señor Brek tuviera un ápice de sentido del humor, me lo hubiese tomado como una broma de mal gusto, pero se trataba del personaje más austero del reino. Lo digo como lo pienso. Y no hay mejor ilustración que la imagen de su rostro: una miríada de arrugas profundas trazaba en él una mueca permanente, como si acabase de echarse al colete un brebaje amarguísimo. El herborista, aunque sabido es que no tiene maldad alguna, decía que esa cara era un borrador que se habían olvidado de pasar a limpio, y añadía, de acuerdo con el enano Budda, que el señor Brek pertenecía a la comunidad, bastante amplia por lo demás, de aquellos que le han salido mal a la creación celeste. En la antecámara, yo me entretenía observando de cerca la complejidad de aquella obra sin rematar en que unas barrancas se cruzaban hasta el infinito formando un laberinto sin salida, un camino abierto y cerrado a la vez que tenía fascinado a Bilal. Seguramente el adivino descifraba en él la historia de la humanidad, con sus guerras, sus cataclismos, sus epidemias y sus genocidios... Las arrugas del chambelán, que le arrancaban de la ancha frente, se acentuaban entre las cejas, dándole el aspecto de un león solitario y flaco; le rodeaban los ojos y se dispersaban, en forma de patas de gallo, para desplomarse en los pómulos,

arrugados como higos pasos; le surcaban luego el sendero del llanto, fluían hasta las comisuras de los labios, de los que tiraban hacia abajo, y por fin morían en el hoyo de una barbilla partida particularmente fea. El conjunto formaba algo así como un trapo arrugado en que la depresión parecía haber afincado para siempre su territorio. Me pregunto cómo había sido capaz Sidi de conservar a su servicio a un individuo tan adusto. ¡Hay quienes afirman que, por ser enfermizamente supersticiosa, la dinastía reinante solía rodearse de verrugas así a modo de fortificaciones contra el mal de ojo! A la desgracia, por lo que se decía, no se le ocurriría instalarse en una morada castigada por una calamidad semejante. Bien pensado, aquel hombre no podía decirse honradamente que fuese feo, hablando con propiedad, pues aquellos rasgos pertenecían a un rostro ovalado más bien corriente; pero se desprendía de él algo así como un fluido agrio, bilioso, profundamente repulsivo. En mi caso, cruzarme con él por la mañana era seña de que el día me iba a ir mal. A veces lo hacía rabiarse en privado, lejos de los cortesanos, que despotricaban de él en cuanto se presentaba la ocasión. Aprovechaba momentos en que estábamos a solas con el rey para pincharlo.

Aquella mañana, efectivamente, Sidi se había presentado en el vestíbulo con ropa de golf; el valiente señor Brek le iba pisando los talones. No podía creerme lo que estaba viendo, pero no dejé que se me notase. Antes de que los esclavos acabasen con sus fastidiosos loores a Su Majestad, me dirigí al chambelán:

—¡Ah, señor Brek! Por fin llegas —le dije, mientras le besaba la mano al rey.

Me miró de arriba abajo con desconfianza.

—Tengo que pedirte un favor, señor Brek.

—Te escucho —contestó con un tono casi lloroso.

Conocedor de mi pérfida forma de reptar, el rey se acomodó en un sillón, sospechando una broma inminente.

—Me lo he pensado mucho antes de solicitar tu ayuda; no se me ocurre nadie aparte de ti que pueda echarme una mano.

—Con mucho gusto, mi querido amigo; ¿qué puedo hacer por ti?

—Nos conocemos desde hace años...

—Efectivamente —dijo el señor Brek.

—Nunca te he pedido nada, ¿verdad?

—Pero, vamos, ¡habla de una vez! ¿De qué se trata?

—Verás... No me voy a enfadar si lo que te voy a pedir no cuenta con tu aprobación. Acabo de perder a un amigo muy querido..., un hermano, como quien dice.

—¡Que Dios lo tenga en su seno! —exclamó el chambelán, con la cara aún más fruncida que de costumbre.

—Tengo que ir esta tarde a su entierro..., no sé cómo decirlo..., querría..., en fin, si no ves inconveniente en ello..., me gustaría pedirte prestada la cara para ir a dar el pésame a la familia. Pues, en su misericordia, Dios te ha concedido una catadura ideal para esa clase de ceremonias...

Si el rey no se hubiera reído, el chambelán me habría asesinado. Pero, al ampararme el regocijo protector de Sidi, al señor Brek no le quedó más alternativa que concederme ese rictus repulsivo que hacía las veces de sonrisa.

Pese a haberse despertado en buena forma física, el humor de Sidi estaba inestable y podía echarse a perder en cualquier momento; el índice enarcado del caíd Moha así lo había previsto. Tomé, pues, mis precauciones colocándome al lado del rey en el coche gigantesco que decidió conducir personalmente. Tomamos el camino del campo de golf recorriendo un paisaje de aspecto helvético. Tras el bosque de arces y eucaliptos que rodeaba el palacio, pasamos por el barrio de las embajadas, cruzamos el puente y llegamos a la entrada de ese lugar mágico al que me gustaba acompañar a mi dueño y señor.

—Doy gracias a Dios, mi señor.

El rey me miró fijamente, sorprendido.

—Me parece bien, pero ¿qué bicho te ha picado?

—Ninguno, mi señor. Le doy gracias a Dios, sin más. ¿No es acaso un espectáculo pasmoso: el niño de la medina en uno de los coches ingleses más lujosos cuyo chófer es... el rey? ¡Estamos en plena utopía, Sidi!

El rey me sonrió.

—¿Por qué yo, mi señor?

—Porque naciste en una sábana blanca y tus padres te bendijeron. Porque eres un hombre de bien, Mohamed.

Cuando procede uno de la medina superpoblada de Marrakech, contemplar esas extensiones de vegetación inhabitadas que abarcan hasta donde alcanza la vista equivale a hollar el suelo de ese paraíso con que tanta lata nos han dado en la escuela coránica. Césped hasta el infinito, ciñéndose a las colinas,

salvando los estanques, perdiéndose en el horizonte, allá donde el mar se confunde con el cielo azul. A trechos, ondeaban curiosas banderas triangulares, emblemas de la corporación internacional de la pasta gansa. Cochecitos, como juguetes infantiles, paseaban a parejas todas vestidas de blanco, con la tez encarnada pese a las gorras, que hacían señas con la mano y sonreían maquinalmente cuando se cruzaban con un cochecito amigo que pertenecía al mismo círculo social.

Nada más llegar al salón de honor una muchedumbre de ministros se abalanzó hacia nosotros para saludar al rey, iniciando las reverencias por lo menos con diez metros de anticipación. Sidi los despachó con un gesto de la mano y fue al *green* donde lo estaba esperando un *caddie*. El espetón de peces gordos se dispersó sin perder la dignidad: unos se fueron al bar, otros al pabellón de la piscina y otros más a la terraza que da a la zona de entrenamiento. Si a esa ralea le hubiera llegado noticia del dedo índice del caíd Moha, se habría quitado de en medio, olvidándose de la firma regia que faltaba en tantos expedientes y sin la cual nada es posible. El retraso, consecuencia de la frágil salud de Sidi, tenía paralizados los asuntos del reino. Las urgencias que se habían acumulado les causaban serios problemas. Lo noté por la repentina simpatía que me profesaron. Me daban coba como si el ditirambo no fuera mi oficio. Le prometían la luna a este embaucador como si no fuera yo un artista. Sabedores de mis capacidades para darles la vuelta a las situaciones espinosas, se reunieron varios para convencerme de que amansara al jefe y le hiciera firmar los papeles candentes que no podían esperar más. Algunos veían en mí un salvador; otros, un futuro mártir. Yo era plenamente consciente de ello. En realidad, tenía que ser ambas cosas a la vez. ¡Bien sabido es que el mensajero profesa un oficio arriesgado!

La inmunidad no existe en la casa real. Nadie está a salvo de severos castigos. Han recurrido mucho a mí en períodos de crisis y con frecuencia he salido airoso; no obstante, he tenido que padecer, como todo el mundo, mi travesía del desierto. Duró varios meses y fue la temporada más sombría de mi vida de cortesano, o de mi vida de hombre, sin más. Lo que haya podido referiros de la caída en desgracia de mis compañeros no tiene ni comparación con mi naufragio. ¡Y por una buena razón! Me castigaron por la falta de una tercera persona, de mi hijo en este caso. La brutal sanción cayó como el rayo al día siguiente del golpe de Estado, cuando la sombra de la felonía planeaba por encima de mí. Me acuerdo de aquel día maldito en que el señor Brek me

cogió del brazo, separándome del grupo. Me llevó a su despacho, cerca de los aposentos de Sidi, una estancia a su imagen y semejanza, forrada de maderas nobles desde el suelo hasta el techo, tan fría como impersonal. El ambiente que reinaba en ella tenía que ver con el de un tribunal militar. Nos separaba un escritorio de maniático; ni un papel, ni una carpeta empantanaban la superficie bruñida del mueble. El señor Brek me dijo con voz suave:

—Sabes que te tengo cariño, ¿verdad, Mohamed? Si tuviera que quedarme solo con uno de los cortesanos, no vacilaría ni un segundo en escogerte a ti. ¿A que resulta difícil de creer? La elocuencia no es lo mío y, sin embargo, tengo más sentido del humor de lo que crees. Eres una buena persona, Mohamed, lo supe desde que llegaste a esta casa. La tormenta actual que te está trayendo problemas acabará por escampar. No queda más remedio. Todos sabemos que no tienes nada que ver en este asunto. Si te hubiera llegado algún rumor de algo, por lógica te habrías puesto enfermo la víspera de la matanza. Pero no fue así, presenciaste la carnicería igual que todos nosotros. Te jugaste el pellejo igual que nosotros nos jugamos el nuestro. La Historia te hará justicia, porque yo estaba presente en el momento en que, juntos, llamamos de tú a la muerte. ¿Cómo olvidar aquella habitación estrecha del sótano en que, rodeando a Sidi, estuvimos horas encerrados, apiñados, mientras retumbaban arriba detonaciones infernales e incesantes? Te vi temblar, Mohamed, igual que estaba viendo al rey desvalido, casi ausente, mientras susurrábamos versículos del Corán. Al ver flaquear a Sidi, incapaz de pensar, hiciste el trabajo que te correspondía para que volviera con nosotros.

»“¡Mi señor!”

»“¡Tus señores son los hombres que nos están ametrallando!”, contestó.

»“Antes de morir, querría expresar mi última voluntad...”

»“¡Deberías hablar con los amotinados, Mohamed! Tu rey no puede ya nada por ti.”

»“¡Te escucharán, mi señor! ¡Al rey siempre se le escucha! Antes de que me disparen, diles que eviten apuntar a mi pobre cabeza. No tiene culpa de nada. ¡Que me vacíen los cargadores en la panza, que es la única responsable de lo que está sucediendo! Este estómago que nunca se harta se merece que lo hagan mil pedazos. ¡Él es quien me ha traído a este maldito entresuelo en que no tengo escapatoria.”

»No sé si la risa del rey era risa nerviosa o no, pero soltó la carcajada, sembrando el pánico en el grupo porque corríamos el riesgo de que nos

oyesen. Poco tiempo después, como si hubiera vuelto a su ser, Sidi tomó la decisión de que saliéramos de la madriguera en contra de la opinión de un oficial... Y quedamos libres.

»Sí, cumpliste con tu trabajo hasta el final. Estoy firmemente convencido de que tu intervención fue salutífera. Ten paciencia, Mohamed. Deja que escampe la tormenta. Con el tiempo que llevabas queriendo tomarte un respiro... Ahora es el momento. No vuelvas a palacio en los próximos días. Vete a casa, disfruta de los dos hijos que te quedan. Te volverán a llamar, te lo prometo. Sidi está traumatizado aún por el drama que ha padecido. Por el momento se niega a verte; por lo demás no quiere ver a mucha gente que digamos...

Pese a nuestros roces regulares, la tristeza de la mirada del señor Brek era sincera. Sus palabras apaciguadoras no desafinaban por más que no me consolasen. Algo irreversible se había quebrado entre mi señor y yo, causándome un tremendo sufrimiento. La duda... Un auténtico veneno, la duda.

¿Te acuerdas de aquella noche, Mina? Volví pronto a casa, en contra de lo que solía. Una única ojeada a mi cara larga y mi expresión desencajada te bastó para entenderlo. No me hiciste preguntas. Mandaste a los criados que se fueran y me serviste tú la cena para evitar interferencias y ruido. Insististe para que me tomase la sopa. Yo no tenía hambre. Era como un niño caprichoso y no me reñías. O si lo hacías era por cumplir. Me habías dicho: «Te veo muy cansado, ven, vamos arriba, ya te cuido yo». Me gustaba oír el cuchicheo de tus promesas cuando te apetecía mimarme. Arriba, en el dormitorio, trajiste una jofaina de agua tibia perfumada con azahar y con la sal precisa y me hiciste meter dentro los pies. Con los ojos cerrados, disfruté con la suavidad de tus dedos que me acariciaban la piel, tirándome de los dedos de los pies, oprimiendo unos puntos concretos que solo tú conocías y que tanto me descansaban. Al rozarme la planta, causaste un seísmo. Tenía cosquillas y tú lo sabías. Las salpicaduras que vinieron luego eran, por supuesto, provocadas. ¿Verdad, amor mío? Jugamos a tirarnos agua. Me defendí y contraataqué vigorosamente, mojándote a placer el caftán de seda. La aparición repentina de tus pechos encendió en mí una hoguera. Dos peras a medio madurar a punto de horadar el tejido liviano que se les había quedado pegado. Empapados hasta el cuello, nos reímos como dos diablillos dotados del poder mágico de insuflarle alegría a una montaña de pena. Porque estábamos tristes y éramos profundamente desgraciados. Mientras hacíamos el amor me mordiste con todas tus fuerzas. Me gustó la huella de tus dientes en mi piel; tu furia, tu

deseo, tu violencia contenida, tus reivindicaciones secretas y posesivas. Me querías solo para ti. Sin repartos. Sin esa esclavitud a cuyo pie me había encadenado la vida. Me querías sin artificios, con una alegría de vivir que no estuviera en venta, una poesía que no se prostituyera. Reír por reír, cantar por cantar, amar sin rendir cuentas a nadie. Me querías libre, amor mío. Me hablabas la lengua de los sordos con ojos brillantes, con manos frágiles, con un corazón y unas tripas aptas para despertar a los ángeles dormidos que hacía tanto que nos habían abandonado. ¿Te acuerdas de la sábana blanca en la que me envolviste el cuerpo húmedo para secarlo? Un cuerpo distendido, ahíto de placer, sin vida. Sin pretenderlo, me habías devuelto a la infancia; a los tiempos en que, negándose a encomendarme a mi padre, mi madre me arropaba en un albornoz y me metía en el *hamam* de las mujeres. Me acomodaba en un rincón oscuro y se dedicaba a quitarme la mugre. El pequeñuelo de diez años abría unos ojos como platos, fascinado con el sinfín de siluetas multiformes que bullían a su alrededor; pechos flácidos cayendo sobre barrigas obesas, pechos vivarachos enhiestos en cuerpos frágiles, pubis como matorrales, imberbes o recortados como una barbita puntiaguda, bocas carnosas de las que salían volando risas, gritos o insultos, y otras calladoras, fruncidas como si las cerrase un candado, cubos de agua volcados sobre nalgas estremecidas, jabón negro y *ghasul* deslizándose por largas melenas, aumentando el caudal de arroyuelos donde navegaban cabellos heteróclitos... Me disgustaba dejar el rezumar de aquella penumbra y la orgía de carne que poblaba aquel lugar con todas las obsesiones. A la primera protesta, a la mínima mirada hostil, mi madre me envolvía en una toalla y me privaba de aquel espectáculo encantador. Me llevaba a la sala de descanso donde el agua fresca valía su peso en oro. Ay, amor mío, podrías haberle tocado en suerte a cualquier cortesano de entre nosotros. Cierto es que no nos escogimos, pero nos adoptamos mutuamente enseguida. Y lo afirmo con voz alta y clara, contra viento y marea, sin cortapisas, ante Dios y los hombres: eres lo más hermoso que me haya sucedido en este mundo.

Esa primera noche de caída en desgracia fue la de nuestro reencuentro. Al ver desplomarse el imperio que había construido yo en el aire, tuviste la elegancia de ahorrarme un discurso que yo no estaba preparado para oír. Necesitaba ternura y tú me inundaste de ella. Quemaste incienso en un pebetero antes de meterte en la cama. Me colocaste una almohada contra el flanco rendido, te echaste y nos abrazaste a la almohada y a mí. Luego me

acariciaste el pelo como lo hacía mi madre para ahuyentar a los monstruos responsables de mis insomnios. Y dormí a pierna suelta contra tu corazón palpitante.

Pero regresemos al campo de golf donde había acompañado a mi dueño y señor resucitado, al amplio salón de honor donde ministros y altos cargos estresados me miraban como quien mira un salvavidas en medio de un mar revuelto. Tomé la decisión de tirarme al agua para convencer a Sidi de que saliera de su burbuja y aceptase recibirlos. Una empresa complicada porque tenía que empezar por cuidar de su humor, que se iba deteriorando a medida que iba fallando los lanzamientos. No solo Sidi no gozaba de ningún talento especial, sino que además estaba en malas condiciones físicas. Dirigirse a él en circunstancias tales implicaba riesgos notables. Sin embargo, mi prolongada carrera de cortesano me enseñó a creer en mi instinto, a fiarme de los ángeles y de los demonios que me soplaban las respuestas, a improvisar, a atreverme, a sorprender. Así que fui siguiendo a Sidi de lejos, esperando a que se me ocurriese una idea salvadora. Caminar con babuchas y chilaba por el circuito no resultaba cómodo, pero pese a todo conseguí alcanzar al rey en un cuadrado de césped diferente de los demás, mejor segado y con un agujero junto al que el *caddie* mostraba el estandarte aristocrático. Sidi hizo como que no reparaba en mi presencia, muy concentrado en calcular el tiro. La verdad es que el agujero no caía lejos. Contuve el aliento cuando golpeó la pelota, que estaba claro que jugaba en mi contra. Rodando por una cuesta, el bicho se alejó diez metros de su meta. Sidi hizo una mueca y tiró el palo al suelo. Empecé entonces a aplaudir ostensiblemente asintiendo con la cabeza. Sidi me fusiló con la mirada.

—¡Bravo! —exclamé—. ¡Mil veces bravo!

—Me estás tomando el pelo, ¿no?

—¡No, mi señor!

—Pero ¿no ves que he fallado el tiro lamentablemente?

—¡No, Sidi, no has fallado nada! ¡El agujero no está en su sitio! ¡A quienes lo hicieron en el sitio equivocado habría que darles una tanda de latigazos ejemplar!

Fue la última vez en que vi a mi dueño y señor reírse de rodillas.

Al volver al salón, se sentó ante una mesa y firmó la pila de documentos que los ministros, en fila india como escolares, le iban alargando por turnos. No se tomó la molestia de leerlos.

Bilal tenía por principio no anunciar desgracias en sus predicciones. Incluso cuando la combinación de cartas resultaba funesta, seguía sacando otras sin salirse de su flema. No se le leía emoción alguna en el rostro hermético. Las pupilas, las arrugas, las pestañas y los labios seguían inmóviles; no había nada que permitiera descodificar el mensaje oculto. En cuanto a tirarle de la lengua, ni en sueños... Sin embargo, Bilal prestaba de buen grado sus servicios extralúcidos a los compañeros, cobrándoles una moneda simbólica. También Sidi, que nunca cargaba con calderilla, tenía que someterse a aquella norma. Nos peleábamos para proporcionarle esa moneda, cuyo importe nos devolvía centuplicado y, con frecuencia, más que centuplicado. La noche en que Saher, preocupado por la salud de su madre, quiso hacerle una consulta, Bilal se negó de plano, alegando una fuerte jaqueca. Un hecho infrecuente que, qué curioso, no extrañó a nadie. Con todo, habríamos podido, habríamos debido sospechar que una negativa así no presagiaba nada bueno.

La tumultuosa epopeya de la Marcha Verde le cambió sensiblemente el carácter a mi dueño y señor. Ningún hombre querría verse nunca en el disparadero de tomar determinadas decisiones. En el hecho de enviar a cientos de miles de individuos a conquistar el desierto sin más armas que un Corán barato y una bandera ajada hay razones para desestabilizar a cualquiera. No, nadie sale indemne de semejante aventura. Y menos aún cuando se está al timón de un barco lleno de torpes aquejados de una pereza ancestral. Mi oficio me convirtió en testigo excepcional de un acontecimiento histórico que iba a cambiar en profundidad el país. Los preparativos de una operación de esa envergadura le ocupaban la mente día y noche a mi dueño y señor. No vivía, ni pensaba, ni respiraba sino para esa aventura que yo había visto nacer, madurar y expandir su aura, como un reguero de pólvora, de punta a punta del reino. Hombres y mujeres normales y corrientes se convirtieron de forma

improvisada y repentina en guardianes de un mundo que apenas conocían, del que es posible que algunos ni hubieran oído hablar. Y resulta que empezaron a soñar con un grano de arena, con la redondez de una duna que coronaba una tienda nómada, un valiente camello y un rayo de sol ardiente...

El país, en efervescencia, estaba manga por hombro. Los cantos patrióticos inundaban las radios, las calles, las chozas. Los artistas, desenfrenados, ocuparon el espacio público poniendo su talento al servicio de la nación, canalizando las energías con anteojeas hechas de recordatorios históricos orientados exclusivamente hacia el desierto. El asunto se convirtió en prioridad nacional. La prensa hablaba con una única voz, enardeciendo a las masas, atizando su legendario nacionalismo para reconquistar las provincias del sur. Un ambiente eléctrico reinaba en las ciudades engalanadas con banderas donde los retratos gigantes de Sidi, colgados en lo alto de las farolas, daban más sombra que los plátanos de las grandes avenidas. La agitación de la multitud llegaba al colmo al ver el ballet de autocares y camiones requisados para la circunstancia. Había largas filas de voluntarios alborzados en las inmediaciones de las estaciones de autobuses y de tren, y de las zonas periféricas donde se agolpaba una gran cantidad de camiones tan viejos como mi bisabuelo. Un magma de pueblerinos exaltados afluyó hasta la ciudad, inundando las calles, las explanadas, los jardines, todos los lugares en que pudieran extender las mantas mugrientas y acostarse bajo el frescor de un cielo acribillado de estrellas. Las puertas del sur, convertidas en un hervidero constante, recuperaban la dignidad de antaño y su soberbia. Aquella de los tiempos en que el oro, el azúcar y las especias que transitaban por ellas las hacían gloriosas. Hombres y mujeres parecían haber renunciado a dormir. La algarabía nocturna prolongaba el barullo del día. La peligrosa maquinaria que había creado mi dueño y señor se disponía a arrancar. Ante dimensiones tales, a las que tantas vueltas le había dado en la cabeza, le entraban, pese a todo, sudores fríos. Sidi iba siguiendo los preparativos minuto a minuto, supervisando minuciosamente las operaciones. Ya no dormía, ya no comía, encendía un puro con otro, se intoxicaba con café y pasaba las horas muertas al teléfono hablando en lenguas variopintas. Una actuación así solo podía proceder de un loco o de un genio, según se mire. Pero ya no había vuelta de hoja. El optimismo de los primeros días cedió el sitio a las conjeturas más sombrías: ¿y si el ejército colonial, humillado, disparaba sobre la muchedumbre...? No podía excluirse esa eventualidad. Y entonces Sidi habría

sido el origen de un genocidio indecible. ¡Hombres y mujeres llegados de los cuatro puntos cardinales del reino, que se habían convencido tan fácilmente de que la integridad del país estaba en peligro, iban a morir por haber respondido a la llamada de su monarca!

Pocos días antes de la marcha, cuando estábamos tomando el té en el patio, Sidi me hizo el comentario siguiente: «¡Si esta *marcha* falla, lo único que nos quedará por hacer es agarrar las maletas y largarnos!». No sé si el rey le hablaba a su sirviente o a sí mismo. ¡Da igual! La imaginación se me desbocó y me condujo en el acto por las carreteras del norte, en las que me veía, llevando a cuestas mi maleta y la de mi dueño y señor, huyendo de las represalias de un pueblo airado. Me veía caminando detrás de Sidi, con la cabeza gacha, entre dos hileras de hombres y mujeres que nos escupirían, nos insultarían y nos tirarían piedras...

En fin, ese comentario resumía bastante bien el estado de ánimo del rey, cuyo ayuno nos preocupaba cada vez más. En todas las comidas, esperábamos el milagro. Veíamos al caíd Moha salir de los aposentos de Sidi con expresión sombría, llevándose el carrito de la comida tan intacto como lo había traído. Hacía tres días que al rey no se le veía el pelo. Encerrado en su despacho, se negaba a vernos, excluyéndonos de su tormenta, de sus angustias, de su malestar. Nos pagaban para lo bueno, pero también y sobre todo para lo malo...

Un silencio muy raro reinaba en la antecámara. Bilal dialogaba con sus cartas, como solía. El herborista cargaba de incienso el pebetero de plata mascullando fórmulas esotéricas. Disgustado por no poder meterse con nadie, el enano Budda arremetía contra los cancerberos. Sumido en sus manuales de medicina, el doctor Murra, que nos veía a todos como un amasijo de tuberías y de venas, de grasa y de carne sangrante, vigilaba a Saher. El músico estaba echado en un rincón, enfermo, quejándose de dolores en el brazo izquierdo. En cuanto a mí, le daba más y más vueltas en la cabeza a la forma en que iba a dirigirme a mi dueño y señor para sacarlo de su aislamiento. Lala Um Sidi, la reina madre, me mandó llamar. Me presenté en el acto en su residencia, en el ala sur de palacio. Le tenía un particular afecto a aquella gran señora, que me correspondía.

—Tu rey lleva tres días sin comer —me dijo.

—Lo sé, Lala.

—¿Para qué sirves, Mohamed, si no eres capaz de solucionarlo?

—No quiere ver a nadie, Lala.

—¡Esos argumentos tuyos no son de recibo y lo sabes muy bien! De un hombre tan hábil como tú se esperan milagros. ¡Espabila! ¡Dale vueltas a la sesera!

—Lo hago lo mejor que puedo, Lala.

—La marcha que se está preparando no puede tener éxito si el rey deja de comer. ¡Ese ayuno podría malograrlo todo!

—¡Sidi amenaza con castigar a todo el que desobedezca sus consignas! Se niega a recibirnos.

Lala intentó mirarme a los ojos, que la rehuían.

—Mírame, Mohamed, apáñatelas para que tu señor coma. ¡Nadie te tocará ni un pelo o, en caso contrario, tendrían que darme a mí de latigazos antes!

Contando con la protección de Lala, volví a la lúgubre antecámara donde los cortesanos se maceraban en su impotencia. Evité mirar la cara deprimente del señor Brek, que estaba en la entrada, tan tieso como solía, al lado del no menos deprimente caíd Moha. Esos dos siempre estaban de pie. Se tenían prohibido a sí mismos sentarse, como si temieran perder una fracción de segundo en el caso de que Sidi los llamase. De lejos no se los podía distinguir: atuendo idéntico, pecho sacado, porte altanero, caras depresivas, miradas inquietas como si del pasillo fuera a surgir el enemigo para atacar al monarca. El señor Brek y el caíd Moha se comprendían a la primera, como si fueran mellizos. Si mi madre se hubiera cruzado con ellos en una callejuela de la medina, habría dicho: «¡Tal moflete para tal cachete!». Aquella expresión me hacía mucha gracia al oírse la cuando quería explicar que las depresiones se juntaban con las depresiones y que el mal fario solía asociarse con el mal fario. Así que el moflete y el cachete vivían juntos en perfecta armonía, sin más objetivo ni más razón de ser que la felicidad del rey.

Acantonado en el vestíbulo delante de la televisión, me tragaba la propaganda de la entrañable cadena nacional de toda la vida que contaba lo que le mandaban contar; el pueblo en pie, con el Corán en una mano y la bandera en la otra, esperando la señal del soberano para...

Así que me puse de pie y dije que quería ver a Sidi. El caíd calibró mi determinación, intentando tener la certeza de que me lo había pensado bien y era consciente de los riesgos a que me exponía. Al ver que estaba decidido, me anunció.

Sidi se negó a recibirme y le dijo al caíd:

—¡Dale lo que quiera y que se vaya!

Le respondí al caíd:

—Querría dos minutos del tiempo de mi dueño y señor.

El rey tardó media hora larga en autorizarme a entrar a verlo.

—Siempre intentando destacar de tus compañeros, ¿verdad? —refunfuñó—.
¿No te das cuenta de que no estoy para risas...?

—Pero si no vengo a hacerte reír, mi señor. ¡Es mi tripa, otra vez mi tripa, la que va a conseguir que me gane cien latigazos! Pero es que no lo puedo remediar.

—¿Y qué quiere ese tripón tuyo? —preguntó el rey.

—Llevo tres días, mi señor, mendigando un tayín de cecina de camello confitada en grasa bien salada y guisada con tomates bien salpimentados y, por encima, unos cuantos huevos a medio hacer y no hay ningún alma caritativa en palacio que se dé cuenta de lo grande que es mi frustración. Me lo niegan, mi señor. El sabor de un tayín así lo descubrí aquí y en ninguna otra parte. Tengo antojos de mujer embarazada y es urgente. ¡Sidi, sálvame!

El rey, sonriente, llamó al caíd Moha:

—Que le traigan un tayín de *khlii* al Fquih. ¡No querría de ninguna manera que la criatura de la que está preñado salga con manchas en la cara!

Diez minutos después, la silueta alargada del caíd Moha apareció empujando el carrito de la comida. Aferrado al teléfono, con la espalda encorvada y la mano con que se agarraba la mejilla acentuándole la mueca, Sidi seguía argumentando con interlocutores visiblemente importantes. Cuando Moha levantó la campana y un aroma delicioso inundó la habitación, junté las manos como hacen los cristianos, dándole gracias a Dios por aquella comida divina que me disponía a zamparme. Mojando un trozo de pan caliente en la yema de uno de los huevos y cogiendo un trozo de cecina al punto de sal, me desmelené:

—¡Abajo el colesterol! ¡Un invento de unos cuantos que tienen el gusto atrofiado!

Alcé la cara al cielo con el segundo bocado y arremetí en toda regla contra el doctor Murra que había tenido la cara dura de prohibirme el pan por la diabetes, la sal por la tensión y la carne por no sé qué historia de gota. Si le hubiera hecho caso a ese muerto viviente, llevaría siglos debajo de seis pies de tierra. Me metí entonces un bocado de *colesterol*, sazonado con una pizca de *diabetes* y aliñado con un toque de *hipertensión* y, cerrando los ojos,

saboreé ostensiblemente aquel manjar ante mi dueño y señor hambriento, que me miraba de reojo.

En la primera pausa que hizo, cuando dejó de sonar el teléfono, Sidi se me acercó, se acercó a mi plato sobre todo, cogió un trozo de carne que se deshacía y se lo metió en la boca. Luego, cogió otro y se lo tragó a la velocidad de la luz. Después, me quitó el pan de la mano y, en pocos minutos, se zampó todo el tayín y rebañó. Casi se olvidó de mi presencia. Ver que mi dueño y señor daba de lado por fin aquel ayuno nervioso fue una gran alegría. Dejándose caer de golpe en un sofá, soltó un suspiro donde iban concentrados todos los agradecimientos de cristianos, musulmanes y judíos, y de cualquier ser hambriento al que se le ofrece un trozo de pan mojado en grasa; me puse de pie para despedirme de Sidi.

—¡Tú no vas a ninguna parte! —me dijo el rey.

—Bien, mi señor.

—Salimos de viaje dentro de una hora.

Asentí.

Aquella noche un avión nos llevó a Agadir donde, en plena noche, Sidi dio luz verde a la gran marcha.

11

Sí, lo admito, soy supersticioso. Quiérase o no, hay casualidades que no son tales, desenlaces felices que vienen del cielo, vínculos improbables que han tejido unos ángeles cómplices, de la misma forma que existen conspiraciones que han fomentado espíritus malignos y revanchas terribles de una justicia inmanente... Hay tantas cosas que no sabemos, tantos secretos que saltan a la vista, pero que no vemos.

En lo que a mí se refiere, cuento con un «ábrete, sésamo» salutífero cuando se cierran las puertas ante mí; una llave milagrosa que llega desde otro tiempo, desde otra poesía, y me protege y me pone al resguardo de la desdicha. Frente a la adversidad, a la esperanza que a veces se va encogiendo como la piel de zapa, a la luz que le vende el alma a las tinieblas, al mundo que amenaza con hundírseme bajo los pies, me basta con recitar la *Munfarija* para que las nubes se vayan y la claridad se imponga a la negrura de lo que me atormenta.

Pero ¿qué es esa fórmula mágica que neutraliza el mal con tanta eficacia? La *Munfarija* es la obra de un poeta y joyero que vivió en el siglo V de la Hégira, cortesano de un rey almorávide con fama de sanguinario. Sí, es posible ser poeta y joyero a la vez. No hay nada que se oponga a ello. Antes bien, los dos oficios tienen en común que en ellos se manejan tesoros, se cincelan perlas y palabras de gran valor, montajes exquisitos que conmueven con igual intensidad... Fuere como fuere, nuestro poeta cortesano, que atendía al nombre de Abu Fadl, ejecutó un poema mítico en el transcurso de una noche que se suponía que era la última de su existencia. Sé esta historia por mi padre. La puso en mi conocimiento ya en el crepúsculo de su vida, como si fuera un amuleto para llevarlo colgando, como un dije, y apartar el mal de ojo. Os la transmito tal y como la recibí.

En vísperas del parto de su mujer, el rey entregó al joyero una esmeralda del tamaño de una uva moscatel, de una pureza y una limpidez sorprendentes. Los matices del color verde, la claridad y el brillo variaban según los reflejos

del cielo. El poeta la miraba con los ojos del joyero y el joyero con los del poeta. Y así, a ojos de ambos, el mundo se volvía de repente translúcido, irisado, hechizado.

El rey exigió una montura sencilla que resaltase la majestad de la gema y sus leves grietas, que reciben el bonito nombre de *los jardines de la esmeralda*. Una auténtica maravilla que había mandado traer de una remota comarca del este de Egipto. Encantado de poder regalársela a su esposa, pues los adivinos habían predicho, con ayuda de sueños y bolas de cristal, que daría a luz a un varón, el rey se disponía, pues, a acoger con gran pompa la inminente llegada del príncipe heredero.

Abu Fadl se encerró en su taller con la piedra preciosa, encendió las lámparas de aceite, colocó primorosamente las herramientas encima de la mesa, se caló los anteojos y puso manos a la obra con ganas y determinación. El rey esperaba la sortija con la piedra ya engarzada al día siguiente temprano sin falta. «Pero los barcos no van nunca a donde querrían llevarlos los vientos», decía mi padre. A veces sucede que la mala suerte nos señala con el dedo, que la conjunción de las estrellas maléficas conspira contra nosotros, que los ángeles caídos nos toman por blanco y se entretienen atormentándonos. Apenas había empezado Abu Fadl a tallar la piedra cuando esta se partió en dos. De pronto. Limpiamente, sin que pudiera entender cómo podía haberle ocurrido un accidente así a una gema tan sólida. Paralizado, impotente, contempló aquel irreversible estropicio. El rey se enorgullecía del regalo que iba a hacerle a su dulce esposa con motivo del nacimiento del príncipe. Una esmeralda como no había otra igual, llegada desde los confines del desierto. Y resultaba que el joyero, de repente, iba a aguarle la fiesta. ¿Qué iba a hacer? ¿Con qué palabras anunciar al monarca el irreparable accidente? En una circunstancia así, el castigo no dejaba lugar a dudas: el patíbulo y solo el patíbulo. ¿Qué disculpa podía alegar? ¿Incompetencia? ¿Ligereza? No había escapatoria. Contrariar al monarca hasta un extremo tal merecía el castigo supremo. Abu Fadl era consciente de ello. Se pasó parte de la noche en el taller, con la anciana cabeza entre las manos, gimiendo mientras se arañaba la cara como una plañidera generosamente pagada. Al verlo abatido y desesperado, el poeta se impuso al inconsolable joyero, a quien intentó confortar. En su afán por conservar la compostura, escogió, de entre sus plumas, la más suelta y sutil, la mojó en la mejor tinta que tenía y parió un poema que ningún mortal nacido de mujer podría nunca dirigirle a Dios. Así

fue como vio la luz la *Munfarija*, un prodigio literario con la galanura, la dignidad y los sollozos sofocados de un hombre arrodillado y acorralado que imploraba a su Creador que no lo abandonase. Aquel poema, de una ternura infinita, bañado en lágrimas, empapado de humildad y fervor, lo oyó el cielo. Dígase lo que se diga, Dios es sensible a la genialidad.

Con las primeras luces del día, unos golpes violentos sacaron del embotamiento a Abu Fadl. Al abrir, se encontró con el visir en persona subido en su caballo blanco y rodeado de su guardia.

—¡Una mala noticia para ti, Abu Fadl!

—¿Ya está enterado, excelencia?

—¿De qué?

—De lo de la esmeralda —dijo Abu Fadl temblando.

—Efectivamente, vengo a informarte de que tienes que volver a empezar a partir de cero el trabajo de esta noche. Dios ha gratificado a Su Majestad con gemelos, un varón y una hembra. El rey querría que hicieras dos sortijas idénticas, en vez de una. Te recomienda que dividas la piedra en dos. Fuere como fuere, deberías entregar las joyas esta noche a las ocho en punto.

—¡Con gran alegría, excelencia! ¡Voy corriendo al taller! ¡Volando! ¡Gracias, excelencia, gracias, Dios mío!

Y así fue como el poeta salvó al joyero mientras al visir lo hacía sonreír el carácter excéntrico del artista.

La *Munfarija* se convirtió, pues, en mi poema fetiche; lo recitaba con regularidad, pues la filigrana de su lamento, de tanta dignidad, me conmovía profundamente. Referir el conjunto de los episodios en los que este texto mágico me sacó de apuros sería una enumeración larga y que para vosotros carecería de interés. Hubo, sin embargo, una situación en que los sinsabores de Abu Fadl se parecieron curiosamente a los míos. Pese a los siglos que los separaban, mi rey y el suyo compartían un concepto idéntico del poder; no les daba empacho cortar una cabeza cuando les parecía que resultaba necesario. Entre la vida de un hombre y la de un insecto no había para ellos diferencia alguna.

Saher recordará mucho tiempo aquella noche de invierno, en un palacio en la montaña que no nos era familiar. ¡Sidi nos había elegido de entre el resto de los cortesanos para hacerle compañía durante el sueño! Mientras el músico pulsaba suavemente las cuerdas del laúd, yo empecé mi exhibición con un chiste que me había contado la víspera un amigo. Ya os daréis cuenta luego de

que, cuando los ángeles conspiran en contra de uno, no hay escapatoria posible. ¿Por qué esa anécdota y no otra? No sabría decirlo. Hablaba de un rey andaluz que mandó acudir un día a todo su harén, alrededor de cincuenta concubinas de todas las edades. La reunión se celebró en el jardín de las mujeres. El rey se puso de pie solemnemente para hacer la siguiente declaración: «Os he reunido hoy para anunciar una mala noticia. Seguramente van a odiarme, señoras mías, pero no puedo ocultar más mis sentimientos: esto es lo que hay, ¡estoy enamorado de otro harén!».

No sé si mi dueño y señor se reía del chiste o del comportamiento de Saher, que se revolcaba por el suelo como un cachorrito. Al recordar que estaba en presencia del rey, se incorporó enseguida, volvió a coger el laúd y se puso de nuevo manos a la obra. Yo pasé en el acto a unos poemas, que comenté con ingenio y sutileza, recordando la vida de los artistas que los habían compuesto, su época, sus amores, sus sufrimientos, perdiéndome desenfadadamente en digresiones que a Sidi, agotado tras un día de trabajo, le costaba seguir. No quería ceder, sin embargo, pero el sueño acabó por vencerlo. Con los primeros ronquidos, le hice una seña a Saher, para que tocara más flojo. Luego salimos de los aposentos del rey, situados en la última planta de un edificio sito al pie de una montaña nevada. Cogimos el ascensor para ir a reunirnos con nuestros compañeros, que se hallaban en un salón de la planta baja, alrededor de una amplia chimenea donde podían asarse con facilidad varios pollos y un cordero de tamaño mediano; un *mechui* en toda regla. Saher debió de dar al botón que no era, porque la puerta del ascensor se abrió en una planta desconocida. Salimos por descuido, sin saber que la zona aquella era la de las concubinas de Su Majestad. Las voces agudas y las risas que nos llegaron desde las habitaciones próximas nos helaron la sangre en las venas. Quisimos dar marcha atrás y descubrimos estupefactos que no había ningún botón que apretar, nada que pudiera salvarnos del lío en que nos habíamos metido. Nos limitamos a mirar, perdidos y desconcertados. ¿Con qué argumentos habríamos contado para defendernos si por desdicha el rey se enteraba de aquella intrusión nuestra en el lugar en que estaban sus mujeres? «¡Hicimos que te durmieras como un niño, señor, y nos fuimos a tu harén!» Así se habría visto nuestra irresponsable metedura de pata. Saher se sentó en el suelo, apretando el laúd entre las rodillas. Yo hice otro tanto, con las ideas alborotadas y sin saber qué hacer. Los versos de la *Munfarija* me brotaron de pronto de los labios como una oración.

El harén está entre los temas tabú en la casa real. Todavía nos acordábamos de aquella terrible historia ocurrida durante el golpe de Estado, cuando un grupo de militares consiguió entrar en la casa de las mujeres. Eran muchas las que estaban esperando, como todos nosotros, que una ráfaga de plomo acabase con ellas. Un amotinado, uno de esos crápulas con los ojos inyectados en sangre, se acercó a una concubina petrificada. Con el cañón de la ametralladora le levantó el faldón del caftán, le colocó el extremo del arma en el sexo y fingió una penetración: «Así que ahí es donde mete tu amo la polla, ¿verdad, pedazo de cerda?». Otro militar, indignado, se interpuso, dándole un violento empujón. «¡Con las mujeres no se mete uno, miserable! ¿Es que no tienes ningún sentido del honor? ¡Fuera, o tendrás que vértelas conmigo!»

Esta herida no cicatrizó nunca en la memoria de Sidi. La mencionaba constantemente con una amarga necesidad de venganza, con una frustración de hombre poderoso a quien maltrata un insecto. Habría dado el reino por localizar al canalla que lo había humillado así y castigarlo a su manera, cosa que tan bien se le daba. Las muchas investigaciones llevaban todas al moridero del sur donde se estaba pudriendo mi propio hijo. Identificaron al hombre que había salvado a las mujeres y lo llevaron a presencia del soberano. Yo estaba en la estancia aquella noche cuando apareció un coloso con los ojos vendados al que rodeaban cuatro guardias. El hombre reconoció seguramente la voz del monarca, que le hizo una proposición sencilla, clara y honrada: «Me dices el nombre del canalla que maltrató a mi mujer y esta misma noche eres un hombre libre».

El militar abogó por el olvido. No denunció a su hermano de armas. Le costó la vida. Me resultaba difícil entender aquel espíritu de cuerpo según el cual alguien daba la vida de buen grado para no quitársela al compañero. ¡Una solidaridad así no existe en el mundo en que vivo, en donde todos están dispuestos a sacrificar a una tribu entera para salvar el pellejo!

Aquella herida antigua de Sidi bastaba para justificar la horca que nos merecíamos Saher y yo al violar la planta de las mujeres. Mientras mascullaba la *Munfarija*, se me olvidó que con el miedo subía la voz, que se volvía cada vez más sonora. Una mujer de cierta edad, con la que a veces me cruzaba en los aposentos de Sidi, abrió una puerta. Al vernos sentados en los talones junto al ascensor, abrió unos ojos como platos:

—Pero ¿qué haces aquí, Mohamed?

—Sálvame, hija mía, hemos apretado un botón equivocado. ¡Y no sabemos

cómo irnos!

Se puso el dedo índice en los labios y nos hizo una seña para que la siguiéramos. Fuimos por un pasillo que desembocaba en una escalera de servicio, de caracol, por la que bajamos a toda prisa como ladrones. Abajo, le dijo al oído una palabra al guardia que vigilaba la entrada y nos esfumamos como si nunca hubiera ocurrido el mínimo incidente.

Tal era el extraordinario poder de la *Munfarija*.

Pero todo tiene un límite.

Ni Bilal y sus cartas mágicas, ni el talento legendario del doctor Murra, ni tan siquiera el herborista que mostraba en el alumbre encendido el brillo del ojo de la desdicha pudieron prever el drama que iba a alcanzarnos de lleno sin avisar; sin prepararnos para esa insoportable ausencia, ese vacío que, lo confieso, resultó más cruel que el que dejó la desaparición de mi propio hijo. Preocupado por la salud precaria del rey, por sus reiterados ayunos que socavaban el valor de las tropas, el doctor Murra no se tomó en serio el estado febril del músico Saher ni los dolores y los entumecimientos del brazo izquierdo de los que se quejaba con medias palabras, casi pidiendo disculpas, porque no quería molestar a nadie. Tampoco sus mareos preocuparon al matasanos, que los achacó al cansancio. Una noche, entre el barullo del vestíbulo, donde solíamos esperar a que nos llamase el rey, Saher, después de rezar, vino a sentarse a mi lado. Como éramos vecinos, nuestras mujeres se llevaban estupendamente; pasaban la mayor parte del tiempo juntas. Saher me dijo en confianza que aquella amistad lo colmaba de alegría y lo tranquilizaba. Asentí, sonriente. Luego, curiosamente, citó una antigua tradición musulmana que dispone que, cuando fallece un hombre, se le recomiende a su hermano que se case con la viuda para garantizar que los huérfanos quedan amparados. La verdad es que aquella costumbre *contra natura* me repugnaba. Me parecía aborrecible que fuese legítimo que un individuo copulase con su cuñada. Desde mi punto de vista, se trataba ni más ni menos que de una relación incestuosa. Saher no estaba de acuerdo conmigo. Se decantó claramente y de forma favorable por una eventualidad así, argumentando que un tío sentiría forzosamente un afecto mayor por sus sobrinos que otro marido cualquiera. El Profeta, siguió diciendo, había aconsejado en un hadiz esa beneficiosa práctica. Tras un silencio, Saher me sorprendió al añadir: «¡Que no se te olvide, Mohamed, que tú y yo somos hermanos!». Al oírle el tono de voz, me corrió por los hombros un escalofrío; podría haberse jurado que nos rondaba

la sombra de la guadaña. Para cortar por lo sano esa conversación estéril, le especifiqué que no tenía intención alguna de morirme y, menos aún, de cederle mi mujer a un tercero. Saher apenas si sonrió. Cogió el laúd, intentó en vano afinarlo y acabó por dejarlo en la alfombra, entre los dos, para protegerlo. Luego se descalzó, se tendió en un asiento corrido y, sin ruido, igual que había vivido, entregó el alma con la mayor discreción, sin que nadie se diera cuenta. Dejó la antecámara de puntillas, igual que había entrado en ella treinta años antes, haciendo mutis por el foro con una reverencia, como un consumado artista. Saher nos dejó amputados de su arte, de su canto, de su música, de su poesía, de su dulzura y de sus sonrisas que nos partían el alma y nos dejó huérfanos de su verdad, de su solidaridad que había pasado años inculcándonos. Les guardaré rencor hasta el día del juicio final al matasanos por haber permitido que se fuera sin presentar batalla y al vidente por no habernos anunciado la tragedia con un año de antelación. Me guardo rencor a mí por no haberme alarmado con su apatía, con sus perezas musicales que se habían vuelto tan frecuentes. Le guardo rencor al chambelán, que tomó la decisión de ocultarle su muerte a Su Majestad. Y también a los cortesanos por haber participado en ese silencio que se nos exigió para no alarmar al rey agonizante. Saher se merecía un duelo nacional y más aún. El pueblo entero habría debido llorar la partida de un ser tan puro, con tanto talento, tan generoso. Ya está, ya lo he dicho. Me parecía injusto que llevarsen los restos del músico a su pueblo natal sin oraciones, sin ceremonias, sin honores.

Y, sin embargo, no era yo hombre que se rindiera sin lucha. Bien abrigado en la chilaba de cachemira color tabaco, en posición fetal, Saher parecía dormido. ¿Cómo podía la muerte imitar al sueño con tanto talento? ¡Muerte traidora! ¡Lleva más de un truco en el morral de caza, la muy ladrona! Pero yo contaba con armas secretas para resucitar a mi amigo. Me incliné hasta su oído y recité la *Munfarija*, convencido de que el durmiente acabaría por abrir los ojos, que se incorporaría y volvería a coger el laúd para embelesarnos una vez más con su inmenso talento. Me esforcé en articular lo mejor que pude para que Dios me entendiera bien. Estaba convencido de que Saher escaparía de las garras de la guadaña, que reanudaría el vuelo allá arriba, en compañía de los ángeles y de las aves y nos llevaría consigo. Que nos daría la limosna de dejarnos ver a medias un mundo en que no podían entrar más que los locos y los artistas. Estábamos dispuestos a seguirlo, a festejarlo, a adularlo. Poniéndole la mano en la mejilla, y luego en la frente, un poco fría, empecé a

recitar con mayor ahínco el poema milagroso. La *Munfarija* no podría por menos de arrancarle una sonrisa, de hacer que volvieran a brillarle los ojos, cuyo tamaño aumentaban monstruosamente las gruesas gafas. Unos ojos abiertos, pasmados, vivos, unos ojos que miran, que aman, que se quejan y se quedan a veces perdidos en el vacío, unos ojos que se vuelven hacia la oscuridad interior y regresan enseguida a la luz del día, espantados por esas infernales tuberías que nadie sabe muy bien cómo funcionan. Pero no ocurrió nada. Saher no se movía. Por más que el doctor Murra lo zarandeaba, haciéndole fuerza en el pecho y soplándole en la boca, no respondía. Se acabó. Es lo que hay, así de tonta es la muerte. Y nadie puede remediarlo. La *Munfarija* resultó inútil aquel día y desveló sus lamentables límites.

Un acontecimiento extraño: que pudieran recordar los cortesanos, nunca había visto nadie sollozar el enano Budda como lo hizo cuando murió Saher.

12

Cuando se trata de su prole, una madre, incluso vieja y hecha una pasa, incluso encorvada y casi ciega, desarrolla un sexto sentido que haría palidecer de envidia al adivino Bilal. Veinte años después, nadie habría apostado cinco céntimos por el regreso de los hombres emparedados en el sur. Mina era la única en creer que volvería a ver a su hijo desaparecido, que lo volvería a estrechar en sus brazos, que le hablaría como en tiempos pasados y lo arroparía con todo el amor del que tanto tiempo llevaba privado. En la mesa, cuando mencionaba su próximo regreso, nuestros hijos y yo nos mirábamos de reojo con expresión compasiva, haciendo como que asentíamos a sus deseos quiméricos. El pequeño, Tufiq, le hacía muchas preguntas sobre el mayor, a quien apenas había conocido. Enderezándose en el acto, Mina se limpiaba las arrugas de tristeza del rostro y, tan orgullosa como una madre joven, elogiaba enfáticamente la apostura, la inteligencia y el indecible sentido del humor de su primogénito. Inagotable en lo referido a su adolescencia y sus primeros años en el ejército, sacaba a relucir anécdotas mil veces repetidas, enredándose a placer en los detalles que iban creciendo y multiplicándose hasta el infinito. Una anécdota alimentaba otra, cierta o inventada, escurriéndose por un laberinto de fantasías salpicado de puntos de referencia aleatorios y discutibles. ¡Qué más daba! Una verdad tangible e innegable le brillaba en los ojos, repentinamente animados.

¿Qué puede decirse? ¡Por muy avispados y clarividentes que fuéramos, nos equivocamos de forma unánime! Pensábamos que Mina era una vieja extravagante que se consolaba con ilusiones y tuvimos que achicarnos cuando ocurrió lo inverosímil.

Enferma y desmejorada, oyó un día que llamaban a la puerta como quien golpea un tam-tam. Unos golpes familiares que reconoció en el acto. Salió de un salto de la cama, con el corazón palpitante, y fue corriendo a abrir, en busca de la imponente silueta de su hijo. Entre dos hombres uniformados, que lo

sostenían por ambos lados, vio a un anciano de flacura cadavérica, de poca estatura, de espalda encorvada, mejillas chupadas, pómulos huesudos encima de los que se hundían en las órbitas unos ojos extraviados. Incapaz de tenerse de pie, un despojo humano de esos que el odio y la barbarie saben muy bien devolver como si fueran vómitos, le dirigía una sonrisa tan desdentada como las almenas de las murallas. Mina pasó revista con desconfianza al hombre que traían, sospechando que querían engañarla con aquella mercancía. Sin embargo, el lunar del hoyuelo derecho era efectivamente el de su hijo. Dudó de si debía dar crédito a sus ojos, que le fallaban. Abel era alto, robusto, una fuerza de la naturaleza que era imposible que encogiera tanto; parecía una prenda de ropa lavada con agua hirviendo. ¿Cómo habían conseguido marchitar una complexión tan poderosa, descarnarla, dejarla en los huesos y los nervios, igual que un árbol abandonado que ha achicharrado el sol del sur? ¡Era imposible de creer! Pero se le disiparon las dudas cuando oyó la voz característica de su hijo: «Soy yo, mamaíta, de verdad que soy yo».

Guiñó los ojos, se acercó a Abel y lo olfateó como un animal. No flaqueó como hubiera hecho cualquier madre al volver a ver a su hijo, o lo que de él quedaba, tras veinte años de ausencia. No consintió en perder pie, en ceder a sus demonios que la incitaban a revolcarse en el polvo, a pegarse de cabezazos contra el suelo escupiendo la amargura acumulada en el corazón desde hacía siglos. En un arranque de resistencia, consiguió recobrar el control. No, no era aquel el momento. Veinte años sin rendirse a los dulces cantos de las tinieblas, a la oscura liberación de la nada; veinte largos años en que le habría bastado con asentir para hundirse para siempre, soltando el fardo que tan pesado resultaba llevar auestas. No, se negó a que se le doblasen las rodillas, a que su frágil cuerpo se derrumbase como una pared decrepita; una pared vieja de adobe, hecha de barro y escupitajos, que había tenido el mérito de seguir en pie hasta aquel día en que, agobiado por tantas plegarias, Dios había acabado por concederle su deseo: volver a ver a su hijo antes de morir. Abel intentó agacharse para besarle la mano, mientras lo sujetaban por la cintura los gendarmes, conmovidos. Mina se lo impidió arrojándose contra su pecho; casi lo alzó en vilo porque tenía el peso de un niño raquítico y en mal estado. «¡Ven, hijito, vamos para dentro! Debes de tener muchísima hambre. Ven, que yo te voy a cuidar. No dejaré que te vuelvan a hacer daño. Vamos, amor mío, haz un esfuerzo, vamos dentro. ¡Despacio, señores, despacio! ¿No ven que le duele...?»

Los dos hombres llevaron trabajosamente a Abel hasta el salón, con Mina pegada a ellos, negándose a soltarle la mano como si temiera volver a perderlo. El grupito cruzó el vestíbulo, subió unos cuantos peldaños, cruzó el patio y entró en el salón. Al dejar a Abel encima de una colchoneta, este tuvo una reacción curiosa que sorprendió a los gendarmes. Se revolvió y se les agarró a los brazos, sobresaltado, como si el sofá se lo fuera a tragar. Estaba claro que veinte años de cemento habían dejado su huella. Mina lo tranquilizó, le secó el sudor de la frente con un pañuelo y dio las gracias a los gendarmes. Antes de despedirse, estos se pusieron firmes, dando un taconazo al mismo tiempo saludaron dignamente al moribundo como si fuera un general.

Mina había soñado tantas veces con aquel encuentro que cuando tuvo al ausente delante se quedó sin recursos. La albórbola que había imaginado en sus ratos de soledad, esos gritos del corazón destinados a anunciar su dicha al mundo entero, cedió el paso al silencio y el recogimiento. Se conformaba con tenerle cogida la mano sin que le corrieran las lágrimas y sin gemir. A ratos, Abel le acariciaba las mejillas y se le olvidaba pestañear con la mirada clavada en el techo. Solo se comunicaban con vagas sonrisas, miradas furtivas, aliento entrecortado y gestos sencillos. Al notarlo cansado, Mina le sugirió que se echase y le apoyara la cabeza en el regazo. Él lo hizo recelando de la mullida colchoneta. Ella entonces empezó a hurgarle en el pelo como en tiempos pasados, los tiempos en que tenía buena vista para perseguir las liendres y los piojos con que el travieso chiquillo volvía a casa con regularidad. Se armaba de paciencia y se pasaba horas haciendo surcos en la abundante pelambreira del salvajillo aquel. Abel se dejaba; aceptaba de buen grado las rascaduras de su madre y la maña de sus dedos, que lo sumían en un sueño dulce y profundo.

Así regresó bajo mi techo mi hijo mayor. Ese del que había yo *renegado públicamente*.

Pasamos varios días en la misma casa sin cruzarnos. Abel se encerraba en una habitación del sótano y se quedaba horas sentado en el suelo, en la oscuridad. No le gustaba la luz. Ni el ruido. Cuando Aicha le llevaba la comida, metía la cabeza entre las rodillas y se protegía la cara como si alguien estuviera a punto de pegarle. La anciana criada hacía como que no notaba nada, dejaba la bandeja y se marchaba tan deprisa como había entrado. «Necesita tiempo para salir del calabozo», le decía a Mina, que estaba, intranquila, de pie detrás de la puerta. Las dos mujeres se consolaban

mutuamente, convencidas de que las cosas se irían arreglando con el tiempo. Mina había hallado una segunda juventud y vuelto a tomar las riendas de la casa. Como Abel ya no tenía dientes para saborear sus platos preferidos, le guisaba sopas variadas, de puerros, de aguaturma, de calabaza y de otras hortalizas de temporada, y además purés de judías, de guisantes y de berenjenas con aceite de oliva o de argán. Se renovaba continuamente. A veces le llevaba ella la comida. Entraba discretamente, dejaba la bandeja en el suelo y se sentaba a su lado sin hablar; o, si lo hacía, con cuchicheos. Con el paso de los días, se acostumbró a aquellas tardes tranquilas junto a su hijo. Vivir en una oscuridad total implicaba ciertas ventajas que los que ven no son capaces de valorar. Desarrolló, como si fuera ciega, la extraordinaria riqueza de los demás sentidos. Aprendió a oír respirar a su hijo, a analizar sus gestos menos audibles, a observar los movimientos del alma, a leerle los pensamientos, a notar mejor sus estados de ánimo. En contra de las apariencias, Abel no era una persona triste. Navegaba en un espacio de serenidad inaccesible para el común de los mortales. Mina tardó bastante poco en darse cuenta de que vivir en el mundo de las ideas, y no en el mundo del espectáculo, brindaba una libertad tal que regresar a la vida ordinaria se convierte en algo tristón y deprimente. Un día se atrevió a quebrar el silencio:

—¿Así es como vivías allí?

Abel tardó en contestar.

—Hasta cierto punto..., pero decir «sobrevivía» quedaría más apropiado.

—¡Veinte años de oscuridad total!

—No, durante el día se veían un poco las paredes...

—¿Y el silencio?

—No existe. ¡Si te quedas unas cuantas semanas más conmigo en esta habitación, descubrirás un universo sonoro insospechado!

—¿Qué oías allí, hijo?

—Todo un mundo, mamá. El tictac lejano de un molino de viento, los ecos de una llamada a la oración como si vinieran de ultratumba, el vuelo de un ave que anuncia el mal tiempo o una tempestad de arena, un piar lúgubre que anuncia la muerte de un compañero... Todo un mundo, mamá, del que la mente, al acecho, no se pierde nada, en el que se diferencian los pasos de una cucaracha de los de un escorpión.

Mina se miró bajo los pies, asustada. No vio la sonrisa de Abel, que había intuido su gesto.

—¿Hablabas mucho con tus compañeros?

—Al principio, sí, porque éramos por lo menos treinta y siempre en plena efervescencia. Los últimos años fueron más tranquilos, a ver qué remedio. Solo quedábamos ya cuatro.

—¿Qué fue del resto de tus amigos?

—Se fueron muriendo poco a poco, uno tras otro, como quería el rey.

Mina se sonó. Tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Bebe un vaso de agua, mamá.

—Lo odias, ¿verdad?

—¿Al rey? No, mamá, en absoluto.

—¿Cómo es posible?

—Cuestión de supervivencia. ¡Nada más!

Ella se quedó pensando un instante.

—¡No te preocupes, hijito, yo tengo rencor suficiente para toda una tribu!

—¡Tampoco odio a papá! Por cierto, me gustaría mucho verlo.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

—Ya sabes que...

—Sí, mamá, lo sé.

—¿Y no estás enfadado con él?

—No estoy enfadado con nadie.

—Deberías saber que te...

—Papá no tenía dónde elegir, mamá. Y además, los estragos del odio ya los vi en el moridero.

Mina volvió a sonarse.

—¿Cómo no odiar a quienes hicieron correr tantas lágrimas en esta casa?

Abel carraspeó:

—Antes de llegar al prójimo, el odio se dedica primero a esparcir su veneno en el corazón de quien lo siente. Lo socava, lo roe, lo mata a fuego lento.

—Pero ¿cómo extirparlo del corazón cuando ha enraizado hondo en él?

—El perdón es un remedio maravilloso, mamá. De los treinta presos del edificio B, solo sobrevivimos cuatro... porque supimos escupir el veneno del odio.

—¿Tan fácil es perdonar a tu verdugo?

—El verdugo deja de existir, mamá. Se vuelve sencillamente el ejecutor de

una prueba que te impone Dios.

—Y, en ese caso, ¿cómo no odiar a Dios?

—Dios es Amor. Me encontré con él en el calabozo.

Una noche, Mina llamó a la puerta de mi dormitorio. Yo acababa de volver de un día agotador en que el humor de Sidi había sido abominable.

—¡Adelante!

—Tu hijo querría verte.

—¡Que entre!

Mina abrió la puerta. La hacía feliz ver que Abel andaba sin muletas. Cerró cuando él hubo entrado y se quedó en el pasillo, aguzando el oído, temiendo una pelea. Durante un largo rato no oyó nada. Ni una palabra, ni un hálito. Se acercó, ansiosa, y pegó el oído a la puerta.

Tras un prolongado silencio, durante el que casi dejó de respirar, le llegó el eco lejano de dos hombres llorando.

13

A Sidi le costaba andar. Tras cada pasito que daba, se paraba para recobrar el aliento, apoyándose en el bastón: un valioso bastón de marfil que representaba un león rugiendo y al que le tenía yo echado el ojo desde hacía lustros. Antes, Sidi lo usaba como complemento elegante y hacía molinetes con él según recorría las avenidas de palacio. Ahora ya no. El bastón había vuelto a ser un bastón que aguantaba el peso de un cuerpo débil incapaz de moverse. Los perjudiciales insomnios de Sidi se le leían en la cara demacrada. Ojos que desaparecían entre los párpados caídos y las bolsas muy poco favorecedoras de encima de los pómulos. Incluso cuando me había separado de él a una hora avanzada de la noche, el chambelán me llamaba temprano. Yo acudía en el acto con verdadera alegría. También podía ocurrir que durmiera allí mismo porque era más práctico. Me gustaba pasear en compañía del rey cuando los monstruos que se le ensañaban en el vientre blandían las horcas. Una tregua efímera que permitía a Sidi seguir en pie. Íbamos andando juntos, como viejos amigos. No hablábamos, o hablábamos muy poco. Llevaba tanto acompañando a mi dueño y señor que sabía al segundo y sin el mínimo titubeo en qué momento tenía que intervenir.

Aquella mañana nos sentamos en un banco a la sombra de un jacarandá en flor.

—Me gustan esas flores malvas —me dijo—. No sé por qué los pintores le atribuyen a la muerte esa gama cromática, el malva, el violeta...

—No hay nada lúgubre en esos colores, Sidi... Pero ya sabes cómo son los artistas... No hay misticadores mayores que los de esa ralea...

—Efectivamente, los conozco bien. Son seres aparte, sensibles, de apariencia jovial, pero que padecen un mal ancestral, son de una susceptibilidad enfermiza y los domina un ego desmedido; son fuertes y frágiles a la vez. Pero, ya ves, nunca me he sentido tan a gusto como en compañía de ellos.

—Esa es la razón por la que me has conservado junto a ti, Majestad.

El rey sonrió. Seguí diciendo:

—Por lo que dicen los relatos antiguos, la muerte ha ido unida con frecuencia a una luz intensa, violenta, en que es imposible ver nada. Solo se ven los colores cuando ya se ha abierto de par en par la puerta del paraíso...

Sidi alzó los ojos, los paseó por las ramas cubiertas de flores bajo un cielo sin nubes.

—Es la última vez que veo en flor este árbol, ¿verdad, Mohamed?

Normalmente, le habría llevado la contraria, habría manifestado una negativa absoluta que habría defendido con todas mis fuerzas, habría multiplicado por un millón el tiempo de vida que le quedaba a mi dueño y señor. Entra dentro de mis competencias: me pagan para brindar alegría y declamar el verbo que se quiera oír, me pagan para engalanar mis ilusiones con lazos rojos, para ofrecerle sin pestañear la eternidad a mi rey, quien fingirá creerme...

Normalmente, Sidi habría esperado de mí mentiras, halagos exagerados, palabras que brotasen como la miel de un panal a rebosar..., pero aquel día, no. Ni él ni yo queríamos hacer trampa. Sidi esperaba que lo mirase como se mira a un amigo agonizante que no precisa mentiras. Me latía el corazón como si se me fuera a romper al permitirme un ademán inconcebible, por el que me habrían pegado cien latigazos. Un ademán que nadie se habría permitido nunca; tomé entre las manos la mano de mi señor y se la apreté con fuerza. Una mano pequeña, arrugada, huesuda, que él no retiró. Dejó que se la cogiera. Nos quedamos callados un momento. Luego, me alargó el bastón:

—Toma, cógelo.

—Es tu bastón preferido, Sidi. Me gusta tanto ver cómo jugueteas con él...

—Querría que te quedases con él.

Lo cogí, le acaricié la melena al león que rugía en el puño.

—Es espléndido, Sidi.

—Era de mi padre —dijo el rey.

—Debería corresponderle al príncipe heredero, no a un vulgar sirviente.

—No eres un vulgar sirviente, Mohamed, eres mi amigo. Te conozco al menos tanto como me conoces tú a mí. ¡Sé que te gusta! ¡Cúidalo!

Alzó los ojos hacia las flores del jacarandá.

—No volveré a verlas, ¿verdad?

Mirándole los párpados, que le caían como un telón sobre los ojos acuosos,

le contesté:

—No, no las volverás a ver, mi señor

Nota de las traductoras

[1] Eufemismo utilizado en determinadas partes de Marruecos para nombrar a los homosexuales.

Novela finalista del Premio Renaudot

El autor que deslumbró al premio Nobel Le Clézio y obtuvo el Premio de Novela Árabe, convierte la increíble historia de su padre, bufón y ministro del rey Hassan II, en una novela memorable.



Mohamed ben Mohamed lleva toda su vida a los pies de su rey, día y noche, leal y afectuosamente. En un palacio donde lujo y miedo reinan por igual, donde los celos se avivan al caer la noche y uno puede ser duramente castigado sin motivo, el bufón del rey ha tenido que reinventarse cada día para ser el favorito, y dar muestras de una lealtad inquebrantable para mantenerse en su puesto. Cuando su propio hijo participa en un golpe de Estado contra el soberano, todo su mundo se viene abajo. Deberá renegar de él, fingir que no existe, ignorarlo todo acerca de su paradero durante casi veinte años y enfrentarse a la desesperación y al desprecio de su mujer y de sus hijos. ¿Pero acaso tiene otra manera de salvarlos?

«Nací en una familia shakespeariana -cuenta Binebine, hijo de aquel bufón y que vivió en primera persona la tragedia familiar-, entre un padre que pasó cuarenta años en la corte del rey y un hermano encerrado en un presidio del sur. Para seguir al servicio de Su Majestad, mi padre renunció a su mujer y a sus hijos. Abandonó a su suerte a mi hermano, cuya ausencia atormentó a mi familia durante veinte años. Esclavo consentido, afrontó un destino solitario. Hace años que intento contar esta historia. Aquí la tenéis: tiene la fantasía del cuento lejano y la gravedad de la tragedia humana».

La crítica ha dicho...

«Una historia de perdón y reconciliación, con el sabor, el encanto y la fantasía de un cuento oriental pero también con su hondura y su gravedad.»

Le Monde

«Una novela que sublima la realidad, con el espíritu de un cuento árabe. [...] Una historia que llama a otra, un cuento que se inserta en otro, la promesa de un relato que se anuncia pero que no llega hasta mucho después, a la manera de Las mil y una noches. Pero detrás de todo esto, lo que se teje es una reflexión sobre el poder en una monarquía absoluta.»

David Fontaine, *Canard Enchaîné*

«Fluctuando entre gracia y tragedia, este relato de una vida en la corte es tan malicioso y poético que se convierte en un verdadero placer de lectura.»

Page

«Novela intensa y vital. [...] Sea con su pluma o con supincel, Binebine toma el testigo para que tanto en la pequeña historia de la novela como en la gran historia de Marruecos, sea «en definitiva la justicia y la democracia las que ganen».»

Mabrouck Rachedi, *Jeune Afrique*

«La tragicomedia del poder, la crueldad del autócrata unida a la pusilanimidad de los hombres, es lo que Mahi Binebine refleja en *Yo, bufón del rey*.»

François Montpezat, *Dernieres Nouvelles D'Alsace*

«La moral de esta novela está impregnada de sabiduría oriental.»

Jean-Claude Perrier, *Livres Hebdo*

«Mahi Binebine tiene un poder de evocación sorprendente.»

Florence Pitard, *Ouest France*

«Moldeada por una escritura fina y poética, esta inquietante novela explora los sentimientos contradictorios de un hombre que por lealtad y fascinación por su señor, renuncia a su libertad y sacrifica su familia. El novelista explora lo peor de la naturaleza humana, pero también su belleza.»

Marie-Valentine Chaudon, *Pelerin*

Sobre *Los caballos de Dios*

«Imprescindible en estos tiempos en que el yihadismo monopoliza el terror del

mundo occidental. Es de un realismo escalofriante.»

Jordi Soler, *El País*

«La novela de Mahi Binebine nos acerca a la mente de un islamista radical con muchísima más eficacia que cualquier debate que podamos seguir en un programa más preocupado por la audiencia que por la verdad.»

Álvaro Colomer, *Cultura/s de La Vanguardia*

«Hay que leer este libro para darse cuenta de cómo se fabrica un suicida de Dios.»

Luis Algorri, *Tiempo*

Sobre el autor

Mahi Binebine nació en Marrakech en 1959. Estudió Matemáticas en París, pero más tarde decidió dedicarse a la pintura, la escultura y la literatura. Algunas de sus obras forman parte de la colección permanente del Museo Guggenheim de Nueva York, ciudad en la que residió durante varios años. La detención de su hermano Aziz por su participación junto a un grupo de jóvenes oficiales en el fallido golpe de Estado contra el rey Hasán II y su brutal encarcelamiento le marcaron profundamente. Su primera novela, *Le Sommeil de l'esclave* (El sueño del esclavo), fue galardonada con el Prix Méditerranée. La siguieron *Les Funérailles du lait* (Los funerales de la leche), *L'Ombre du poète* (La sombra del poeta), *La patera*, *Polen* (Premio de la Amistad Franco-Árabe), *Terre d'ombre brûlée* (Tierra de la sombra quemada), *Historias de Marrakech*, *Los caballos de Dios* (Alfaguara, 2015) y *Le Seigneur vous le rendra* (El Señor te recompensará). Galardonada con el Premio de Novela Árabe en 2010, *Los caballos de Dios* fue llevada al cine por el director Nabil Ayouch, y la película fue premiada con la Espiga de Oro de la 57.^a edición de la Semana Internacional de Cine de Valladolid y el Premio François-Chalais del Festival de Cannes. Su última novela, *Yo, bufón del rey*, es la historia de su padre, quien formó parte de la corte del rey Hasán.

Título original: *Le Fou du roi*

© 2017, Editions Stock

© 2018, María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego por la traducción

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3316-5

Imagen de cubierta: © Pedro Albornoz

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Yo, bufón del rey](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Nota de las traductoras](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)